

**¿PROTODIPLOMACIA EXTERIOR
O ILUSIONES OPTICAS?
EL NACIONALISMO VASCO, EL
CONTEXTO INTERNACIONAL Y EL
CONGRESO DE NACIONALIDADES
EUROPEAS (1914-1937)**

Xosé M. Núñez Seixas

Artikulu honetan euskal mugimendu abertzaleak praktikan jarri zuen iharduena protodiplomatikoa artertzen da, kontuan hartzen den aldiari dagokionez. Haren nazioarteko proiektzioa aski mugatua izan bazen ere, nazionalitateen printzipioaren hedapenaren eragina jasan zuen Gerra Handiaren garaian. Hala ere, euskal nazionalismoak ez zituen apenas kontuan hartu 1918. urtearen ondoren Nazioen Elkarteak herri txikien babeserako eraturiko sistema hark sortu zituen "esperantza berriak", eta 20.eko hamarraldiaren amaieran bakarrik hasi ziren euskal nazionaliztatzeko Europako Nazionalitateen Kongresuan esku hartzen modu eraginkorragoan 1930etik aurrera, berriro baturiko EAJK ahalegin gehiago eskaini zizkion "kanpokin protodiplomazia" hari, euskal eta espainiar bame politikaren bilakabidearen arabera.

El artículo analiza la actividad protodiplomática puesta en práctica por el movimiento nacionalista vasco desde el comienzo de la I Guerra Mundial hasta la Guerra Civil, destacando el juego entre imágenes y realidades. Aunque la proyección internacional del nacionalismo vasco fue bastante limitada en comparación con la desarrollada por el nacionalismo catalán en la misma época, aquél también sufrió la fuerte influencia de la difusión del principio de las nacionalidades durante la Gran Guerra, lo que determinó los primeros contactos a nivel internacional (la participación de delegados de la CNV en la Union des Nationalités). Sin embargo, el nacionalismo vasco apenas prestó atención tras 1918 a las "nuevas esperanzas" alimentadas por la formación del sistema de protección de minorías de la Sociedad de Naciones, y solamente a fines de la década de los 20 los nacionalistas vascos comenzaron a participar más activamente con la organización de minorías nacionales más importante al nivel europeo, el Congreso de Nacionalidades Europeas. Después de 1930, el reunificado PNV concentró mayores esfuerzos a la "protodiplomacia exterior: en conjunción con la evolución de la política interior (las vicisitudes de la lucha por el Estatuto de autonomía, la formación de la alianza Galeuzca, etc.). No obstante, la concepción inalterable mantenida por los líderes del PNV de Euskadi como una nación y no como una minoría nacional hizo muy difícil el llegar a un entendimiento eficaz con el Congreso de Nacionalidades Europeas. El espejismo había sido más fuerte que la realidad.

The paper analyses the protodiplomatic activity carried out by the Basque Nationalist movement from the outbreak of World War I to the Spanish Civil War, focusing on the interplay of images and realities. Although the international activity of Basque nationalists remained somewhat limited in comparison with that developed by Catalan nationalists, the former also experienced the strong influence of the diffusion of the nationality principle during the Great War, which determined the first contacts at the international level (and so CNV's delegates took part at the activities of the Union des Nationalités). After 1918, however, Basque nationalism hardly paid any attention to the new hopes raised by the formation of the League of Nations system of protection of minorities, and it was only by the end of the 20s when the Basque nationalists began to collaborate with the most important nationalities' organisation at the European level, the Congress of European Nationalities. After 1930, the reunified PNV devoted great efforts to the external protodiplomacy of Basque nationalism, and this fact was related to the internal political evolution of Basque and Spanish politics (the fight for Home-Rule, the formation of the Galeuzca alliance, etc.); however, the self-image held of PNVs leaders of Euskadi being a Nation instead of merely a national minority clearly hindered any clear understanding with the Congress of European Nationalities. Once again, the wishful thinking was stronger than reality.

Los movimientos nacionalistas no solamente persiguen sus fines estratégicos cercanos o lejanos en la escena política interior, tanto focal como estatal, sino que una parte de sus actividades se orienta también hacia la prosecución de una proyección internacional que difunda en el extranjero la imagen de la Nación sin *Estado* que se pretende representar, y que busque potenciales aliados para su causa allende las fronteras. Tal actividad es consustancial, podemos afirmar, a la naturaleza y estrategia política de los propios nacionalismos periféricos, y tanto las formas que adopta como su intensidad y contenidos concretos estarán asimismo muy determinados por el nivel de desarrollo del movimiento nacionalista, su cultura política y orientación ideológica, las circunstancias políticas internas y el propio contexto internacional. En este sentido, los intentos de inserción de un movimiento nacionalista dentro de la escena política internacional tienden sobre todo a buscar tres vías, más complementarias que excluyentes: bien el cultivo de la opinión pública favorable en terceros países, aprovechando en lo posible la plataforma ofrecida por la existencia, sobre todo desde 1918, de organizaciones internacionales que propugnaban la cooperación entre los Estados y el respeto de un Derecho internacional; la búsqueda de un Estado protector extranjero que, por motivos altruistas o estratégicos propios, apoyase las reivindicaciones de la *nación oprimida* frente al *Estado opresor*; o bien la vía de la colaboración internacional con otros movimientos nacionalistas o minorías nacionales, intentando articular organizaciones supranacionales alternativas que se puedan erigir en representantes, y hasta cierto punto *lobbies* de presión, en la escena política internacional¹. Esta triple perspectiva ayuda un tanto a superar la visión, un tanto restrictiva, que contempla el impacto de los *grupos* étnicos en política internacional solamente desde el punto de vista de su papel como detonadores de conflictos fronterizos e interestatales.²

Desde este planteamiento, es preciso enfocar la *política internacional* de los movimientos nacionalistas como una interacción y juego constante de imágenes y realidades, de mitos ideológicos y pragmatismos políticos. El mito o la imagen del mundo exterior y de la propia política internacional desarrollados por los propios movimientos nacionalistas encubren de hecho estrategias y dinámicas más complejas. Todo nacionalismo aspira a una inserción independiente, *libre*, en el marco existente de relaciones internacionales, en cuanto es éste precisamente el que legitima y sanciona (vía reconocimiento diplomático) la proclamación y existencia de nuevos Estados soberanos.³ De ahí que, desde sus inicios, las

1. Entre otros, vid. J.S.Bertelsen (ed.), *Nonstate Nations in International Politics. Comparative System Analyses*, New York: Praeger, 1977; A. Heraklides. *The Self-Determination of Minorities in International Politics*, Londres: Cass, 1990; J. Rothschild, *Ethnopolitics. A Conceptual Framework*, New York: Columbia UP, 1981, 173-212; M.Esman. "Ethnic Pluralism and International Relations", *Canadian Review of Studies in Nationalism*, XVIII:1-2 (1990), 83-93; P Smith (ed.), *Ethnic Groups in International Relations*, New York/Aldershot: Columbia UP/Dartmouth, 1991.

2. P.ej.: N. Chazan (ed.), *Irredentism and International Relations*, Londres/Boulder: L.Rienner Publ./ Adamantine Press, 1991.

3. P. Calvocoressi, *World Order and New States*, Londres: Chatto & Windus. 1962.

formulaciones ideológicas nacionalistas recurran a una construcción ideal de las relaciones internacionales que obedece a la concepción mazziniana (de raíz herderiana) decimonónica de un mundo de pueblos libres, ni opresores ni oprimidos, conviviendo en armoniosa coexistencia y en beneficio de la Humanidad.⁴ La apelación a la solidaridad con otros pueblos *oprimidos*, con otros movimientos nacionalistas, forma parte del discurso ideológico de cada uno de los nacionalismos, y confiere a su vez una legitimidad adicional a su concepto propio de Nación, negándose a aceptar el statu que de Estados-Nación que normalmente rige en las relaciones internacionales. Pero esa apelación ideal solamente nos proporciona la imagen, el *mito*: junto a ella, tiene lugar por lo general una búsqueda concreta de naciones afines cultural o políticamente, de posibles Estados protectores y aliados potenciales; y esa búsqueda, más o menos exitosa, también está determinada por las características propias del nacionalismo *de casa*. Éste utiliza y reelabora su percepción del mundo exterior, a menudo únicamente con fines de política interior; y lo mismo suele ocurrir en el caso de las colaboraciones políticas entre diferentes nacionalismos: el interés propio y el desconocimiento real de otras problemáticas -que se asimilan mecánicamente a la propia- tiende a primar sobre las declaraciones de solidaridad grandilocuente.⁵ Lo que no quiere decir que las imágenes recibidas de otros nacionalismos dejen de operar influencia cultural, política o estratégica -en mayor o menor medida según los casos- sobre cada movimiento nacionalista en particular (ej., Irlanda en los nacionalismos ibéricos, bretón o galés).⁶

El período de entreguerras en Europa estuvo caracterizado por un aumento importante de las tensiones étnico-nacionales a lo largo del continente, especialmente -pero no únicamente- en Europa Centro-oriental, con lo que el *Zeitgeist* optimista de liberación de las nacionalidades *oprimidas* y de defensa del derecho de autodeterminación que parecía haber predominado durante la Gran Guerra (1914-18) alimentado a su vez por la difusión del wilsonismo, dejó paso a un problema relativamente nuevo que se revelaría como amenazante para el mantenimiento de la paz: la cuestión de las minorías nacionales existentes en los nuevos Estados surgidos del desmembramiento de los Imperios multinacionales en el Este de Europa.⁷ La creación, por imperativo de los Estados vencedores y presiones de la opinión pública internacional -y del movimiento sionista-, de un sistema de protección de minorías nacionales al abrigo de la Sociedad de Naciones (SdN) articulado progresivamente durante los años 20 y consagrado en los diversos Tratados de Minorías firmados con varios Estados de Europa Centro-Oriental desde 1919, confería al menos una legitimidad interna-

4. Vid. M. Howard, "Ideology and International Relations", *Review of International Studies*, 15 (1989), 1-15; A. Reszler/ A. Browning, "Identité culturelle et relations internationales (libres propos sur un grand thème)", *Relations Internationales*, 24 (1980), 381-99.

5. Vid. E. Ucelay da Cal, "Política casera, política de fuera. Una valoración de la relación entre nacionalistas catalanes y vascos, 1923-1936", in J.L. de la Granja/ C. Garitaonandia (ed.), *Gernika: 50 años después. Nacionalismo, República, Guerra Civil*, Donostia: UPV, 1987, 71-97; para un punto de vista diferente y más idealista, vid. X. Estévez, *De la Triple Alianza al Pacto de San Sebastián, 1923-1930. Antecedentes del Galeuzca*, Donostia: Mundaiz, 1991.

6. Vid. nuestro artículo "El mito de Irlanda y su influencia en los nacionalismos gallego, vasco y catalán (1880-1936)", *Spagna Contemporanea*, 2 (1992), 25-58; para un contexto general, vid. D. Conversi, "Dommino Effect or Internal Developments? The Influence of International Events and Political Ideologies on Catalan and Basque Nationalism", *West European Politics*, 3 (1993), 245-70.

7. La bibliografía sobre este tema es muy abundante. Remito a mi tesis doctoral, *El problema de las nacionalidades en la Europa de entreguerras. El Congreso de Nacionalidades Europeas (1925-1938)*, Florencia: Instituto Universitario Europeo, 1992, 3 vols., para un tratamiento más detallado.

cional a los derechos de las minorías nacionales, y venía a operar de paliativo de las “defraudadas esperanzas que había suscitado la proclamación general del derecho de autodeterminación”.⁸ Ni éste era reconocido como tal por la SdN, ni los derechos reconocidos por los Tratados de Minorías iban más allá de una garantía de que los ciudadanos de los Estados cubiertos por los mismos estarían protegidos de cualquier discriminación basada en el hecho de ser de raza, lengua o religión diferente a la de la mayoría. Pero, aún así, el margen de maniobra que ofrecía la política de minorías en la SdN y el reconocimiento internacional explícito del Derecho de Minorías parecían dar una nueva dimensión a las cuestiones nacionales, en cuanto además se trataba de un sistema abierto y dependiente de los equilibrios internos dentro de la SdN, así como de los intereses estratégicos de los Estados miembros. Cuando surgieron algunos Estados interesados en apoyar una ampliación de los derechos reconocidos por los Tratados, o incluso en una generalización de los derechos y obligaciones estipulados por éstos a todos los Estados miembros de la SdN, las minorías nacionales insatisfechas no dejaron de movilizarse e intentar dejar oír su voz, haciendo valer su influencia en la medida que les era posible.

Los diversos movimientos nacionalistas tanto de Europa Centro-oriental como -en mucha menor medida- del Occidente de Europa ya venían presionando desde fines del siglo XIX dentro de las organizaciones pacifistas internacionales. En vísperas de la Gran Guerra ya se articuló una primera organización (aparte de otras más inestables y de menor importancia) internacional de nacionalidades de ámbito europeo: la *Union des Nationalités*, con sede primero en París y durante la guerra en Lausanne. Esta Union, que contaba con un claro predominio de los representantes de las nacionalidades del Imperio ruso (y sobre todo de los lituanos, a través de su alentador principal, J. Gabrys) y con el apoyo de círculos pacifistas e internacionalistas franceses y de otros países, celebró varias conferencias de nacionalidades (en 1912, 1915 y 1916) pero no llegó a ejercer ninguna influencia final en las negociaciones de paz o en la articulación del sistema de protección de minorías, como era su deseo confesado.⁹ A pesar de desaparecer en 1919, sin embargo, la idea de dotar a las nacionalidades insatisfechas del continente de una organización representativa común continuó viva: durante los primeros años 20, existió asimismo un poco activo *Bureau International pour la Défense du Droit des Peuples* en Ginebra, alentado por círculos cercanos al movimiento internacional pro-Sociedad de Naciones. Pero las iniciativas más trascendentes provendrán de Europa del Este, por parte de sectores políticos de las minorías nacionales cubiertas y no cubiertas por los Tratados de Minorías. Tales tentativas, en concreto, emergerán sobre todo de los partidos alemanes de Estonia y Letonia, celosos de la autonomía corporativa tradicional que los baltoalemanes habían gozado en el área antes de 1914, y que merced a su grado de organización y su influencia política consiguieron entre 1923-26 prometedoras leyes de autonomía cultural en sus propios Estados. De la coordinación de las iniciativas de los alemanes del Báltico con los de Transilvania (Rumanía) nació la Unión de las minorías alemanas (*Verband der deutschen Minderheiten*) en 1922, y de su colaboración con las minorías judías -representadas desde 1919 por el *Comité des Délégations Juives de Paris-*, magiars y eslavos en diversos estados de Europa centro-oriental, surgió en 1925 la organización europea de minorías más estable y, hasta cierto

8. S. Sierpowski, "Minorities in the System of the League of Nations", in P. Smith (ed.), op.cit., 13-37; vid. también C. Gütermann, *Das Minderheitenschutzverfahren des Völkerbundes*, Berlin: Dunkler & Humblot, 1979; P. Thornberry, *International Law and the Rights of Minorities*, Oxford: Clarendon, 1991, 38-52.

9. Vid. Núñez, *El problema*, cit., 93-140.

punto, más influyente: el Congreso de Nacionalidades Europeas (CNE), presidido por el líder de la minoría eslovena en Italia, Josip Vilfan, y contando como activo secretario general al líder de la minoría alemana de Estonia Ewald Ammende.¹⁰ Y tal ofensiva de las minorías nacionales europeas coincidía, no por casualidad, con una ofensiva diplomática de la política exterior alemana en Ginebra -si bien precedió el punto álgido de la misma, desde 1927/28-, que perseguía una reforma general del sistema de protección de minorías favorable en lo posible los derechos de éstas.¹¹ La relación entre el CNE y la diplomacia alemana será, en lo sucesivo, ambivalente: ni la Wilhelmstraße controlaba totalmente sus actividades -aunque, eso sí, contribuía con importantes fondos a su mantenimiento-, ni el CNE pudo escapar de la sospecha de ser un mero instrumento de los intereses revisionistas de la política exterior alemana y, en menor medida, magiar. En todo caso, el CNE, actuando en conjunción con el movimiento internacional pro-Sociedad de Naciones (la *Union Internationale des Associations pour la Société des Nations*), la Unión Interparlamentaria y otras organizaciones menores -desde la *International Law Association* a la *World Alliance for the Promotion of Friendship through the Churches*, e incluso el prestigioso *Royal Institute of International Affairs* británico¹² - consiguió dotarse de una cierta legitimidad como “portavoz” de las reivindicaciones de las minorías nacionales europeas, descontentas con la aplicación restrictiva de las cláusulas de los Tratados de Minorías y con la política de la SdN a ese respecto; y asimismo adquirió un cierto grado de influencia, difícil de medir pero existente, en los debates de la Sociedad de Naciones. Dicha influencia, sin embargo, era indirecta: el CNE intentaba crear presión sobre las diplomacias de los Estados miembros de la SdN a través de la movilización de la opinión pública internacional a favor de la causa minoritaria, y a la vez procuraba buscar aliados entre las diplomacias estatales que llevasen a la SdN sus propuestas teóricas y políticas.

De ahí que el CNE no fuese en ningún caso una organización puramente “conspirativo-revisionista” -si bien las fronteras son difíciles de definir en más de una ocasión- al estilo de los misteriosos “Burós de Minorías” financiados por oscuros canales y que proliferaron en Ginebra, Berlín o Budapest en los 20 y 30; y que tampoco incluyese entre sus principios teóricos orientadores el reconocimiento del derecho de autodeterminación. Muy por el contrario, su doctrina oficial, así como las ideas expresadas por sus principales teóricos (los diputados balto-alemanes Schiemann y Hasselblatt, aunque con matices diferenciales) se reclamaban heredadas de las doctrinas de autonomía cultural y del *Personalitätssprinzip* que habían sido elaboradas desde mediados del siglo XIX en el Imperio austro-húngaro por diversos autores, muy particularmente por la socialdemocracia (Renner y Otto Bauer), y por algunos teóricos del movimiento sionista centroeuropeo. Sintetizando, propugnaban el mantenimiento de los Estados existentes, pero “desnacionalizándolos” mediante una separación de la esfera cultural de la política, de modo que los diversos grupos étnicos serían capaces de gestionar de modo autónomo e independiente cuestiones como educación y cultura,

10. Vid. Núñez. *El problema*, cit.; id., “Some International Aspects of Problems of Nationalities in Interwar Europe (1919-1939)”, *Europa Ethnica*, 50: 1-2 (1993), 1-23; R. Michaelsen, *Der Europäische Nationalitätenkongress (1925-1928) Aufbau, Krise und Konsolidierung*, Frankfurt a.M.: Lang, 1984.

11. Vid. H. Pieper, *Die Minderheitenfrage und das Deutsche Reich (1919-1933/34)*, Hamburgo: institut für Internationale Angelegenheiten, 1974; B. Schot, *Nation oder Staat? Deutschland und der Minderheitenschutz. Zur Völkerverbundspolitik der Stresemann-Ära*, Marburg a Lahn: Herder Institut, 1988.

12. Sobre el papel de estas organizaciones internacionales en la defensa de la causa de las minorías nacionales, vid. Núñez, *El problema*, cit., 206-53.

mientras que los Estados se encargarían meramente de la esfera política. La fórmula idónea que se avanzaba como solución aplicable a toda Europa era la autonomía cultural, pero no *territorial*. Dado que en la mayor parte de Europa Centro-oriental convivían diferentes minorías nacionales en una misma región de modo extremadamente complejo y entremezclado, sería cada individuo de modo personal el que decidiría a qué comunidad nacional (*Volksgemeinschaft*) adscribirse.

Obviamente, estas soluciones no tenían mucho en común con las reivindicaciones de autogobierno territorial, vinculadas al derecho de autodeterminación nacional, que eran defendidas por los movimientos nacionalistas de Europa Occidental. Aún así, no dejaron éstos de intentar aprovechar la pantalla de proyección internacional que les ofreció en primer lugar la Gran Guerra -sobre todo el nacionalismo irlandés, pero también, en menor medida, el catalanismo o el nacionalismo flamenco-,¹³ así como en el período posterior la instancia de legitimidad que ofrecía el sistema de protección de minorías de la Sociedad de Naciones y el reconocimiento en su seno de los derechos de las minorías nacionales, aunque éstos no se correspondiesen con las reivindicaciones políticas internas. El catalanismo, en particular, desarrolló desde el conflicto mundial un renovado interés en formular una política exterior propia, y parte de sus élites dirigentes -la Lliga y Acció Catalana- jugarán con el entorno de la SdN desde los primeros años 20, y sobre todo participarán activamente en las tareas del CNE desde 1926, causándole no pocos quebraderos de cabeza a la diplomacia española -que contó nada menos que con dos presidentes de la Sección de minorías en Ginebra: Aguirre de Cárcer (1928-30) y Pablo de Azcárate (1930-33).¹⁴

Menores fueron los acercamientos de los nacionalistas gallegos y vascos a la política *internacional* ginebrina a través del CNE,¹⁵ si bien su análisis nos puede desvelar interesantes cuestiones, sobre todo en el segundo caso. El nacionalismo vasco se mostró poco interesado en llegar a una comprensión de la dimensión europea del problema de las minorías nacionales durante los años 20; únicamente, con cierto retraso respecto a los catalanistas, empieza a tomar contacto con ella durante los años 30, en correlación con las circunstancias internas de la política vasca y española. En cambio, en el caso del PNV las diferencias de concepción ideológica y de enfoque del problema nacional llevaron a que el juego de espejos con la realidad internacional impidiese una aportación vasca real al debate sobre las minorías nacionales a nivel europeo -a diferencia, p.ej., de la mayor preocupación doctrinal en este aspecto mostrada por el catalanismo. Pero precisamente ese mantenimiento de una concepción diferenciada de la calidad del problema vasco respecto a las minorías nacionales de Europa centro-oriental, juntamente con el catolicismo y tradicionalismo de los

13. Vid. Núñez, *El problema*, cit., 564-619; D. Martínez Fiol, *Els "voluntaris catalans" a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona: Publ. de l'Abadia de Montserrat, 1991, id. (a cura de), *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918). Antologia*, Barcelona: La Magranal/ Diputació, 1988.

14. Vid. nuestro artículo "Il nazionalismo catalano e la diplomazia spagnola di fronte al sistema di protezione delle minoranze nazionali della Società delle Nazioni (1919-1930)", *Storia delle Relazioni, Internazionali*, VI:2 (1993), en prensa. Azcárate dejó dos interesantes libros basados en sus experiencias en la Sección de Minorías de la SdN. vid. *League of Nations and National Minorities*, New York: Klaus Reprint Co., 1972[1945] y id., *La Société des Nations et la Protection des Minorités*, Ginebra: Centre Européen de la Dotation Carnegie pour la Paix Internationale, 1969.

15. Sobre el caso de Galicia, vid. nuestro artículo "Galicia no espello europeo. As relacións Internacionais do nacionalismo galego (1916.1936)", *A Trabe de Ouro*, 8 (1991), 507-23. Sobre el nacionalismo vasco, vid. también la contribución de X. Estévez, "El nacionalismo vasco y los congresos de minorías nacionales de la Sociedad de Naciones (1916-1936)": comunicación al XI Congreso de Estudios Vascos, Donostia, octubre de 1991.

jelkides, evitó que el PNV cayese indirectamente en una órbita germanófila y *fascistizante* mediante su colaboración con minorías nacionales centroeuropeas tras 1933 (como fue el caso de algunos sectores del catalanismo radical).¹⁶

EL NACIONALISMO VASCO Y LA I GUERRA MUNDIAL

En la tradición ideológica del movimiento nacionalista vasco, la aparición de una voluntad de internacionalización y comparación de la problemática nacional propia con la de otros países se registró tarde, pero no dejó de existir. Si Sabino Arana había prestado poca atención a otros movimientos nacionalistas, e incluso se pronunció matizadamente por los británicos ante el conflicto anglo-bóer, por considerar que aquéllos representaban un imperialismo benigno y civilizador -por oposición al salvaje e *incivilizado* imperialismo español en Marruecos¹⁷-, el nacionalista guipuzcoano Luis de Eleizalde publicará en 1914 un compendio de artículos sobre diversos movimientos nacionalistas europeos -desde Irlanda a Polonia-, con el propósito de mostrar a los jelkides "las vías que otras nacionalidades europeas, tan decaídas y aún más que la nuestra, han seguido para obtener ese mismo resultado", y en el que se reflejaba una empatía general por todos los movimientos nacionalistas europeos, pero muy particularmente por el católico nacionalismo irlandés y por varios eslavos -Croacia o Polonia, p.ej.-, contemplados siempre a través de su prisma ideológico particular. Eleizalde mostraba su oposición al pangermanismo -por ver en él el espíritu de la protestante Prusia- y hasta mostraba ciertas preferencias geopolíticas por que Austria-Hungría se convirtiese en una Confederación católica de Repúblicas autónomas que sirviese de contrapeso entre la Rusia cismática y la Prusia protestante.¹⁸

El influjo específico tanto de la I Guerra Mundial como del *wilsonismo* se dejó sentir en el nacionalismo vasco, aunque en un modo diferente que en el catalanismo. En el primer caso, además, las mutaciones ideológicas e organizativas que tendrán lugar a partir de 1914 serán un reflejo de los cambios económicos que tendrán lugar en Euskadi durante el período bélico, especialmente la acumulación de beneficios de la burguesía industrial vizcaína (sobre todo, el sector naviero), lo que a su vez explicará su reacción, coordinada con la de otras burguesías periféricas bajo la batuta de Cambó, contra los intentos del Gobierno Alba para implantar en 1917/18 una política fiscal equilibradora. Al mismo tiempo, el auge y transformaciones del nacionalismo vasco durante esta etapa traducirán también, en cierto modo, esa tendencia de la economía (hasta culminar en el gran éxito electoral nacionalista de 1918).¹⁹ A consecuencia de la Guerra, se reavivarán dentro de la Comunidad Nacionalista

16. Vid. nuestro artículo "Nacionalismos periféricos y fascismo. Acerca de un memorándum catalanista a la Alemania nazi (1936)", *Historia Conlemporánea*, 7 (1992). 311-33.

17. Vid. p.ej. "Los pseudo-civilizadores", in *Obras completas*, Buenos Aires/Bayona: Sablandar Batza, 1965, 189-90. Igualmente, Arana no predicó una solidaridad genérica entre el nacionalismo vasco y los pueblos colonizados, sólo circunstancialmente justificó la revuelta de Cuba contra España-y de ahí su famoso telegrama a Roosevelt-, pero sí justificó el separatismo de los indígenas autóctonos -*raza diferente*- frente a los europeos. Vid. R.M. de Madariaga, "Le nationalisme basque et le nationalisme catalan face au problème colonial au Maroc", *Pluriel*, 13 (1978), 31-54, especialmente 32-33.

18. L. de Eleizalde. *Países y razas*. Las aspiraciones nacionalistas en diversos *pueblos*, Bilbao: Grijelmo, 1914

19. Vid. A. Elorza, *Ideologías del nacionalismo vasco (1876-1937)*, Donostia: Haramburu, 1978, cap.IV; L. Mees, *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*, Bilbao: Fundación Sabino Arana, 1992, 260-67.

Vasca (CNV) las disputas internas entre partidarios de la ortodoxia sabiniana (también movidos por las repercusiones europeas de la proclamación por los beligerantes del principio de las nacionalidades) y los aliadófilos, más posibilistas. La CNV se declaró aliadófila desde el comienzo del conflicto, identificando su propia causa con la de las “naciones débiles” que defendería la Entente. Lo que a su vez conllevó que las tensiones entre neutralistas-sabinianos (encabezados por el histórico dirigente Luis Arana) y la aliadofilia oficial defendida por *Euzkadi* se agudizasen, si bien esa división encubría en realidad otra serie de problemas internos de índole ideológico-política, que culminaron con la expulsión de Luis Arana en 1915.²⁰ Debido al contenido conservador y católico de fa ideología jeltkide, sin embargo, el impacto posterior del wilsonismo apenas se dejará sentir más allá del espejismo. Con todo, delegados de la Comunidad participaron en la III Conferencia de la Union des Nationalités en Lausana en junio de 1916, sin introducir variación alguna en el programa político defendido dentro de España (ambigüedad calculada del objetivo de la reintegración *foral*, es decir, la vuelta a la situación anterior a 1833, interpretable, según conviniese, como autonomía o independentismo), y siguieron la estela de los catalanistas, más activos en la Union.²¹ De hecho, los contactos posteriores con la organización fueron mínimos.²² La posición a adoptar ante la rebelión irlandesa de Pascua de 1916 también se entremezcló con las polémicas internas de la Comunidad y con la opción decididamente favorable a los aliados de la mayoría del nacionalismo, ya que la postura oficial de *Euzkadi* fue la de condenar a los insurrectos *sinféiners*, prevaleciendo la postura aliadófila sobre la *empatía* espontánea de las bases con los irlandeses.²³

La prensa nacionalista seguía con interés el curso de la guerra, y especialmente los procesos de “liberación nacional” que tendrán lugar desde 1917 en varios países de Europa, primando la atención sobre todo a la católica Polonia: incluso, hay indicios de que la Comunidad buscó conscientemente mantener algún contacto con los nacionalistas checos exiliados en Londres o París. Por otro lado, se puede afirmar también que la euforia nacionalista despertada por las repercusiones del principio de las nacionalidades influyó sobremana en la puesta en marcha por la Comunidad de la campaña pro-autonomía vasca desde 1917. Como escribió Leizaola años después,

“Los tiempos eran favorables al planteamiento de las reivindicaciones vascas, porque también en Cataluña existía un movimiento catalanista arrollador [...] y porque los aliados (los catorce puntos de Wilson) proclamaban los derechos de las pequeñas nacionalidades [...] había que ser audaces.”²⁴

20. Vid. L.Mees, “Luis Arana Goiri y la crisis de la Comunidad Nacionalista en 1915/16”. *Muga*, 69 (1969), 38-43

21. *Rapport de la délégation basque*, Lausanne. Imprimerie Vaudoise, 1916; *La Solidarité Catalano-Basque et la réorganisation de Espagne*, Lausanne: Librairie Centrale des Nationalités, 1917; *La Question Ibérique Mémoire et Déclarations présentées par les Délégués Basques et Catalans à la IIIème Conférence des Nationalités*, Lausanne: Librairie Centrale des Nationalités, 1917. Los delegados jeltkides fueron Luis de Eleizalde. J. Eizaguirre y López Mendizábal. Para una contextualización. vid. también *el Compte-Rendu Sommaire de la IIIème Conférence des Nationalités*, Lausanne: Office de l'Union des Nationalités, 1916,

22. Aún así, a fines de junio de 1916 Yvonne Poivreau, miembro del *Office des Nationalités* de Lausanne visitó Bilbao y pronunció dos conferencias, siendo agasajada por las autoridades del nacionalismo vasco. Vid. *Annales des Nationalités*, n.9-11 (V), 1916, p.25.

23. Vid. Núñez Seixas, “El mito del nacionalismo irlandés...”, cit

24. Leizaola Jemeini Kareaga, *El nacionalismo vasco entre dos Dictaduras 1930-1937*, Bilbao: Alderdi, 1982, p. 13.

En todo caso, la difusión y adopción de las tendencias renovadoras basadas en el principio de las nacionalidades tuvo lugar principalmente a través de la revista bilbaína *Hermes* (1917-22), proyecto editorial dirigido por sectores nacionalistas liberales (Jesús de Sarriá, Landeta, Belausteguigoitia) y financiado por la burguesía industrial afín a la Comunión, que respondía a una concepción renovadora y abierta, más pluralista en lo ideológico, del nacionalismo vasco.²⁵ La convicción sentida en esos sectores nacionalistas de que el final de la Gran Guerra conllevaría el triunfo mundial de la democracia y una aplicación general del principio de las nacionalidades alimentaba también su apuesta por un nacionalismo democrático y renovador, y por una reorganización en clave federal del Estado español, en base a las autonomías regionales (lo que al tiempo casaba bien con la estrategia posibilista y moderada que los sectores burgueses querían imponer en la Comunión). Así, *Hermes* dedicará amplio espacio a la interpretación del principio de las nacionalidades, en un esfuerzo por combinar la tradición sabiniana con la literatura europea al uso. Será sobre todo Luis de Eleizalde quien intente llevar a cabo la síntesis, para mostrar a todos los vascos que el nacionalismo bizcaitarra no era “una política irreal y extravagante, sin contacto ninguno con ningún sistema de los que corren por el mundo”; por el contrario, ya que tales problemáticas existían en toda Europa, justo era analizarlos desde un punto de vista *jelkide*. Para Eleizalde, la justicia del principio de las nacionalidades era innegable, entendido como el derecho de toda nacionalidad a ser dueña de sus destinos. Si para el reconocimiento en abstracto del principio de las nacionalidades no aparecían problemas, sí que se planteaban para su aplicación práctica, pues

“ocurre que se tercian los intereses políticos, los egoísmos nacionales, las encubiertas o declarada ambiciones imperialistas, las llamadas razones de Estado. No se niegan, en teoría, los derechos e las nacionalidades: lo que se regatea y discute, lo que a veces se niega [...] es el derecho de tal o cual pueblo al título de nacionalidad.”

En opinión del guipuzcoano, era la existencia de una lengua propia y de una *raza* lo que suponía el requisito esencial de la nacionalidad -contraviniendo así parcialmente, pero contrastándolas, las teorías de los tratadistas franceses-; sin embargo, Eleizalde rebaja el contenido racial del aranismo, afirmando no defender la pureza étnica incontaminada de los vascos, sino que “la raza es sólo el núcleo de la nación, el soporte de ella [...] la nación contiene además diversidad de elementos alienígenas, pero asimilados. Esto ocurre en todas las razas y naciones de Europa: eso mismo ocurre en la raza y nación vasca”; y contrastando el caso vasco con las diferentes teorías al uso sobre el principio de las nacionalidades, afirmará igualmente que pese a no haber tenido una *historia nacional* en el propio sentido del término, “no somos la única nacionalidad europea que se encuentra en ese mismo caso; tampoco Irlanda ha realizado su unidad ni su continuidad de vida nacional [...] es necesario advertir que no todos los caracteres de nacionalidad suelen brillar por igual en todos los países”. Pero Eleizalde aceptaba implícitamente que la nacionalidad vasca había de ser *construida* internamente, en base a las “tradiciones propias fundamentales”, es decir: “La Raza, el idioma, la originaria Independencia”, aún sin Estado propio, para poder “llegar a que la Nación Vasca pueda presentarse, en medio del respeto general, en la asamblea de los pueblos cultos de Europa”. Igualmente, y en base a su catolicismo, Eleizalde justificaba el lugar de los pleitos nacionalistas dentro del orden mundial, y su proyección ideológica en clave católico-conservadora:

25. Vid. J.P. Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid: Alianza, 1985, 127-45; también, J.C. Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de Revista de Aragón (1914-1919) y Hermes (1917-1922)*, Barcelona: Redondo, 1974.

“...el autor de las naciones es Dios mismo, y para Él viven todos los pueblos de la tierra. Dios ha creado las naciones [...] para que convivan fraternalmente en esta tierra de prueba y de dolor, para que cada una de ellas sirva de ayuda a cada uno de sus hijos a que alcance su fin individual, para que todas ellas se ayuden también entre sí a alcanzar el fin colectivo común. Creemos que la humanidad ha sido creada para el orden [...] Y para ese orden y ese equilibrio de la Humanidad, creemos preciso que subsistan, con sus caracteres propios, TODAS las nacionalidades, aún las más pequeñas, aún las más débiles, porque es preciso que las cualidades de unas encuentren su complemento en las de otras: porque, poseyendo cada nacionalidad su genio particular, es conveniente que cada una brille con su luz propia del modo más completo posible: porque la noble emulación nacional es un factor continuo de progreso humano”.

...y a más de ello, “la garantía permanente del nexo social, en cada uno de los hombres, es la existencia de la nacionalidad”, siendo el nacionalismo como ideología, y el vasco en particular, un agente de “labor social de restauración” que habría de ejercer una “influencia evidentemente moralizadora”.²⁶ El teórico jeltike llegaba de este modo a un punto conciliador con la ortodoxia católica y sabiniana del nacionalismo vasco; pero el intento de sistematización y confrontación con ejemplos y doctrinas exteriores indicaba al menos un cierto esfuerzo de aggiornamento teórico.

El todavía más ortodoxo teórico nacionalista *Kizkitza* (Engracio de Aranzadi) se ocupó también de la “acomodación” teórica del principio de las nacionalidades a la ideología oficial de la Comunidad, en su obra de 1918 *La Nación Vasca*. En ella, se limita a justificar el derecho de Euskadi a la autodeterminación, interpretando en clave orgánico-historicista el principio de las nacionalidades para legitimar con argumentos de esa índole la condición nacional de Euskadi (raza, idioma, instituciones propias y territorio), a la que por lo tanto se podría aplicar con todo derecho aquel principio. Sin embargo, justificaba (insistiendo en un carácter inmanente y “iusnaturalista” de la Nación vasca) que la independencia no fuese el único fin necesario para la preservación de la personalidad nacional vasca, ya que lo fundamental sería consolidar y construir ésta, pues “la reintegración de la libertad sin la previa reintegración del espíritu nacional vasco [sería] el mayor de los males que hoy puede padecer Euskadi”.²⁷ Por lo tanto, en la práctica se justificaba de nuevo la praxis política de la Comunidad Nacionalista sin variar en lo sustancial los postulados ideológico-políticos de partida, lo que tampoco cambia en los artículos de crítica publicados en Euzkadi a principios de 1919 y en los que replicaba al profesor de Derecho Político de la Universidad de Deusto Luis Izaga (quien defendía más bien la interpretación “voluntarista” del principio de las nacionalidades), si bien insistía Aranzadi ante todo en la importancia del factor racial como criterio fundamentador de la nacionalidad.²⁸ Ideológicamente, pues, la coyuntura bélica apenas ejerce influencia determinante en los exponentes doctrinales más destacados del nacionalismo que habían recogido el legado aranista.

26. Vid. la serie de artículos de L. de Eleizalde, “Las nacionalidades”, desde el n. 45 (158.1919) al n.50 (30.10.1919) de *Hermes*. El autor incluso expresaba manifiestamente su mayor moderación respecto a los postulados sabinianos primigenios.

27. Vid. I. Beobide Ezpeleta, “Nacionalismo vasco: nación y poder”, *Estudios de Deusto*, 41:1 (1993), 9-90 (cita en p.31).

28. Vid. Kizkitza, “El principio de las nacionalidades. Con toda serenidad”, *[E]uzkadi*, 11.2.1919, “El principio de las nacionalidades”, E, 14.2.1919, 15.2.1919 y 2.3.1919; “El principio plebiscitario y el de nacionalidad”, E, 25.4.1919. No tenemos espacio aquí para extendernos sobre la naturaleza del debate teórico sobre el principio de las nacionalidades que tuvo lugar a escala europea entre 1914-1919: vid. entre otros C. Curcio, *Nazione e autodecisione dei popoli. Due idee nella Soria*, Milán: Giuffrè, 1977, 303-320.

La euforia wilsoniana también se dejará sentir en el nacionalismo vasco desde 1917, pero interpretada a su manera: en la coyuntura de cambio y crecimiento que experimentaba aquél, los principios de Wilson podían ser optimistamente interpretados como un respaldo a una opción maximalista que a su vez presionase por la reorganización interna del Estado español. Así, J. Villalonga Ybarra opinaba en noviembre de 1918 que la futura Sociedad de Naciones, para descansar sobre fundamentos sólidos, debería en primer lugar garantizar todas las aspiraciones nacionales bien definidas, es decir, una aplicación amplia del principio de las nacionalidades “a todos los pueblos oprimidos por la antigua situación de Europa”. Los nuevos principios defendidos por Wilson podrían jugar a favor de Euskadi “para reconstruir políticamente su nacionalidad y recobrar la plenitud de sus derechos como personalidad internacional”: de este modo, el reconocimiento de la nación vasca por los Estados extranjeros habría de ser inmediato, porque las circunstancias favorecían a las pequeñas naciones, las cuales podrían después ocupar un puesto en la SdN.²⁹ Del mismo modo, los principios wilsonistas tenían muy genéricamente de humanismo democrático a ciertos sectores más liberales del nacionalismo (p.ej., las propuestas de Ramón de Belausteguigoitia).³⁰ Pero también tenían la capacidad de impregnar las opiniones hacia la cuestión nacional de sectores del socialismo vasco, sobre todo en Guipúzcoa, más abiertos a la recepción de los debates nacionalitarios de la II Internacional: Toribio Echevarría defendía en 1918 que la federación ibérica y el reconocimiento de los Fueros vascos serían inevitables tras el fin de la Gran Guerra, y posibilitarían así la unión con “la comunidad del mundo civilizado en la Liga de Naciones”, aunque no dejaba por ello de combatir el nacionalismo sabiniano y católico de la Comunión.³¹

La fiebre wilsonista de 1917/18 también fue secundada por la Comunión. Ya en febrero de 1918, el diario nacionalista señalaba como meta importante para la próxima minoría parlamentaria vasca en las Cortes la internacionalización del *pleito* nacional de Euskadi, en vista del paralelo despertar de las nacionalidades en toda Europa.³² Especial atención dedicará *Euzkadi* a los movimientos nacionales centroeuropeos (checos, húngaros,

29. J. Villalonga Ybarra. “La Sociedad de las Naciones”, *Hermes*, n.27. Noviembre 1918, 178-82. Sin embargo, no proclama el derecho a la independencia, sino una fórmula de arreglo que permitiese a los vascos encontrar el puesto que les correspondería dentro de la SdN.

30. R. de Belausteguigoitia, *Bases de un Gobierno Nacional Vasco*, Bilbao, 1918. Sobre las propuestas de los sectores *heterodoxos* del nacionalismo vasco (Sarria, Landeta, Belausteguigoitia), en una dirección más liberal, vid. J.L. de la Granja, “La concepción de la autonomía en el pensamiento político del Nacionalismo Vasco: I. La Restauración”, *Sancho el Sabio*, 1 (1991), 187-204.

31. T. Echevarría, *La Liga de Naciones y el problema vasco*, Eibar: Casa del Pueblo, s.f. [1918]. Echevarría, líder del socialismo en Eibar, participó más adelante, de hecho, en iniciativas de diálogo con los sectores nacionalistas reformistas, como el semanario republicano autonomista Frente en el otoño de 1930. La especificidad del socialismo eibarrés respecto, p.ej., al vizcaino, estaba en parte determinada por el hecho de que la población obrera de Guipúzcoa fuese mayoritariamente autóctona y vascófona, por lo que el wilsonismo circunstancial de Echevarría y de algún dirigente más, como Amuátegui o Madinabeitia, era así el corolario de una actitud abierta hacia el autonomismo. En sus discursos de 1918, de hecho, Madinabeitia afirmaba la existencia de una nación vasca, y asimismo la conveniencia de ir “a la Federación ibérica para llegar después a la Federación Mundial [...] Nuestro punto de vista es bien claro. Queremos la libertad individual, la libertad del Municipio (regulada por la ley de la mayoría), el Estado federal vasco en el Estado federal ibérico, los Estados Unidos de Europa y los Estados Unidos del Mundo” (cit. por L. Mees, *Nacionalismo*, cit., p. 255).

32. “Ala lucha electoral. A los ojos de Europa”, E, 19.2.1918, 1-2

etc.),³³ pero será sobre todo la consecución de la independencia por la católica Polonia, de la que el periódico recibirá crónicas directamente a lo largo de 1918 y 1919, la que capte las simpatías de los *jelkides*.³⁴ Mediante la reproducción de los ejemplos de naciones del Este de Europa que habían alcanzado su libertad, Kizkitza exponía que la católica Polonia era un espejo para aquellos vascos que aún dudaban de que la lucha por la consecución de la independencia nacional fuese posible, y de modo idealizado exponía cómo el triunfo de la voluntad de un pueblo era la consecuencia de una lucha secular por recobrar su libertad.³⁵ La simpatía por Polonia, sin embargo, era algo más que mera empatía nacionalista: el nuevo Estado del Este también era contemplado como una necesaria barrera frente a la temida expansión bolchevique hacia el Oeste, e incluso Euzkadi llegará a despreciar a los nacionalistas ucranios (que veían cómo parte de Ucrania pasaba a jurisdicción polaca) por considerarlos meros instrumentos de los comunistas rusos.³⁶ Y, según los *jelkides*, Polonia debía aspirar a la máxima expansión territorial (anexionando sin reservas la Alta Silesia), y adoptar una estructuración centralista y unitaria, rechazando las demandas judías de autonomía cultural para las comunidades hebreas repartidas por territorio polaco.³⁷ Incluso, en abierta contradicción con la defensa del principio de las nacionalidades, Euzkadi se mostrará partidario de la confederación polaco-lituana, acusando a los nacionalistas lituanos de ser pro-rusos,³⁸ lo que se contradecía un tanto con los vínculos cordiales de apenas un año antes con los nacionalistas lituanos ligados a la Union des *Nationalités*.³⁹ Es posible que los *jelkides* viesan en la construcción del Estado polaco tras la Guerra Mundial un reflejo de sus propias contradicciones territoriales (cuestión de Navarra, País Vasco-Francés, etc.), pero indudablemente también estaban jugando con la geopolítica nacionalitaria a favor de una premisa acorde con su conservadurismo ideológico: la construcción de un fuerte Estado tampón entre Europa Occidental y la Unión Soviética. *Euzkadi* también se caracterizará en 1918/19 por su acendrado antigermanismo, que le lleva a predicar la anexión de territorios alemanes por parte de Polonia, e incluso a apoyar decididamente a los separatistas renanos.⁴⁰ Y, del mismo modo, los ejemplos exteriores también podían reforzar el autonomismo

33. Aparte de reproducir de nuevo durante esos años varios capítulos del libro de Eleizalde, quien además pronunció varias conferencias sobre aspectos de los diferentes movimientos nacionalistas de Europa. Vid. p.ej. "Países y razas. La nacionalidad magyar y el Estado húngaro", E, 28.4.1918, 1-2; "Los txeco-eslovacos", E, 10.7.1918, p.1; "La dignidad del nacionalismo belga", E, 22.9.1918, p.1; "Países y razas. Los eslovenos", E, 8.3.1918, 1-2.

34. Vid. p.ej "La cuestión de Polonia. Tres repartos", E, 21.1.1918; "Ecos de las nacionalidades. Polonia", E, 18.4.1918; R. de Belausteguigoitia, "La nueva Polonia", E, 14.8.1918. 1-2.

35. Kizkitza, "¿Es posible la libertad?", E, 6.5.1919, p.1

36. "La Dieta polaca", E, 7.7.1919, p.5; "Polonia y los bolchevikis ucranianos", E, 14.7.1919. p.1

37. "La Alta Silesia o el bien ajeno", E, 6.7.1919; "La cuestión judía en Polonia", E, 19.7.1919 -28.7.1919. Incluso, Euzkadi mostrará algún resabio aislado de antisemitismo, denunciando la existencia de una conspiración judaico-comunista internacional que cree ver en la Rusia bolchevique y la Hungría de Bela Kuhn ("Los judíos y el bolchevismo", E, 11.7.1919).

38. "Las relaciones entre Polonia y Lituania", E, 20.9.1919; "La nueva Polonia", E, 21.8.1919; "Lituania y la unión polaco-lituana", E, 8.11.1919. El periódico nacionalista incluso se declaró sin ambages partidario de la Gran Polonia, incluyendo Lituania, territorios bielorrusos y ucranios, etc: vid. "Las nuevas fronteras de Polonia", E, 8.12.1919; "La Prusia Occidental", E, 13.12.1919.

39. "Ecos de las nacionalidades. Lituania", E, 6.1.1918

40. "La República del Rin", E, 31.8.1919; "En Alemania. Fuerza y desquite", E, 25.8.1919.

táctico: así, de Irlanda se prestará atención desde mediados de 1918 a las tendencias moderadas que buscaban un estatus de autogobierno dentro de Gran Bretaña, y no a las radicales (hacia las que sí se orientará, en cambio, la Juventud Vasca).⁴¹

El éxito de la Comunión en las elecciones a Cortes de 1918 (7 diputados) lleva a los parlamentarios nacionalistas electos a dirigir un mensaje de solidaridad a Wilson, y al Consejo Supremo del partido a enviar otro al Consejo Nacional Checo de París.⁴² Además, el Euzkadi Buru Batzar hizo público un comunicado en octubre de 1918, en el que se identificaba con el idealismo wilsoniano, interpretado sin más de modo simplista como una defensa de los débiles frente a los *fuertes*, y que comprendía proposiciones de política internacional en la onda de las formuladas del presidente norteamericano (como el desarme, abolición de la diplomacia secreta, etc.), así como la formación de una Sociedad de Naciones que garantizaría un equilibrio entre naciones grandes y pequeñas. Esos principios se asimilaban a los de los nacionalismos “defensivos”, de modo que en aquellos momentos “se presenta la realidad nacionalista, salvando a Europa y al mundo de la disolución de la Gran Guerra”. El manifiesto invoca realmente los hechos internacionales para fortalecer la posición interior de la Comunión ante la opinión pública vasca, y para denunciar, finalmente, cuestiones más modestas y concretas de política interior, como que España no respetaba los conciertos económicos...⁴³ El apoyo a Wilson, por lo tanto, estaba muy condicionado por los objetivos interiores del nacionalismo vasco: para defender éstos, lo mismo se justificaba apoyar la campaña regionalista peninsular de Cambó en España, que adherirse a Wilson en el ámbito internacional (y unirse así, en este caso, “al concierto de los pueblos libres”), siguiendo la tónica habitual de maximalismo ideológico y pragmatismo político.⁴⁴ En poco tiempo, no obstante, este entusiasmo wilsonista cederá: a fin de cuentas, el objetivo de renovación del nacionalismo vasco desde diversos sectores se resumía sin más en “conseguir una amplia autonomía política dentro de un Estado español de base plurinacional que garantice la unidad y defensa del mercado interior”.⁴⁵ Ante la Conferencia de Paz de Versalles, Euzkadi resaltaría como hechos más destacables que: 1) se había alejado el peligro de guerra social; 2) la paz consagraba la existencia de nuevos Estados, entre “las ruinas de los grandes Estados imperialistas”, con lo que se consolidaba “el triunfo del nacionalismo sobre las caducas creaciones de los hombres”, constituyendo una suerte de lección de “utilidad” para los vascos, sobre todo el hecho de que Alemania acabase por reconocer la independencia de Polonia: de ahí que Euzkadi señale que las reivindicaciones vascas serían alcanzables al abrigo del nuevo marco de relaciones internacionales.⁴⁶ Legitimidad y esperanzas internacionales lejanas, en todo caso, fue lo que quedó de la limitada euforia wilso-

41. Vid. p.ej. R. de Belaustegigotia, “Irlanda en el Parlamento inglés”, E, 20.5.1918; id., “Tendencias federalistas en Inglaterra”, E, 7.6.1918.

42. E, 26.10.1918, p.2

43. “Al Pueblo Vasco”, E, 25.10.1918, 1-2; en el mismo sentido, vid. “Wilson, los parlamentarios vascos y los antinacionalistas”, E, 30.10.1918, 1-2, donde se afirmaba que si los nacionalistas planteaban el pleito Euzkadi/España como pleito internacional, era sencillamente debido a considerarse *nacionalistas* y no *regionalistas*, aunque a su vez utilizasen esa presión para conseguir objetivos autonomistas y la consecución de los anhelados conciertos económicos.

44. “Por qué estamos con Wilson”, E, 31.10.1918, p.1

45. Elorza, *op.cit.*, p. 253.

46. “La paz de la victoria y la batalla de la victoria”, E, 4.7.1919, p.1

niana del nacionalismo vasco durante la I Guerra Mundial, si bien ésta no dejó de ejercer influjo en las propuestas liberalizantes de Jesús de Sarria y Belausteguigoitia -que restringían sus objetivos, con todo, a una reorganización interna de España en base al federalismo o a las autonomías regionales-, mientras por el contrario los sectores juveniles y más pequeño-burgueses del movimiento nacionalista, radicales en su nacionalismo, preferirán mirar desde 1917/18 hacia el modelo insurreccional y de acción directa ofrecido por el nacionalismo irlandés -lo que acabará siendo un factor en la división del nacionalismo en 1921, entre Comunión y PNV *aberriano*. Por lo demás, si bien los nacionalistas vascos colaboraron muy puntualmente en la Union des Nationalités, esa participación internacional no cobró ni continuidad ni mayor trascendencia.

LA POSGUERRA Y LOS AÑOS 20

El nacionalismo vasco permanecerá mucho más pasivo que el catalanismo en los primeros años de la posguerra, en lo referente a los intentos de *internacionalización* de sus reivindicaciones políticas en el nuevo foro ofrecido por la Sociedad de Naciones.⁴⁷ Y ni siquiera los avances experimentados en la articulación del sistema de protección de minorías de Ginebra -como la aceptación de la proposición Murray en la Asamblea anual de la SdN de 1922, que recomendaba a todos los Estados miembros a garantizar a sus minorías los mismos derechos reconocidos por los Tratados- hallaron respuesta favorable alguna en el seno del nacionalismo vasco, también al contrario que en el catalanismo.⁴⁸ La diferente naturaleza ideológica de ambos nacionalismos, así como las divergencias de concepción estratégica acerca del papel a jugar dentro de España y Europa por parte de sus élites dirigentes, estaba sin duda en la base de esa diferente reacción.

Lo mismo se puede afirmar de las diversas iniciativas paradiplomáticas alrededor de la SdN, que una fracción del nacionalismo catalán -sobre todo, la Lliga y Acció Catalana- va a desarrollar desde 1925 para intentar presionar de modo indirecto al régimen de Primo de Rivera, haciéndole daño en un terreno en el que éste quería precisamente ganar prestigio: la política exterior, y muy especialmente la actuación dentro de la SdN. La dictadura, de hecho, había sumido al nacionalismo vasco en su conjunto en la inactividad, siendo el PNV casi el único capaz de desarrollar una cierta actividad conspirativa en el exterior.⁴⁹ Serán los *aberrianos* -en concreto, T. Uribe Echevarría- quienes conciban un utópico proyecto de Liga de *Naciones Oprimidas* en febrero de 1924, sometido a la consideración del líder cata-

47. Según K. San Sebastián, Jesús de Sarria: *Nacionalismo y heterodoxia*, Bilbao: Alderdi. 1985, p 21, y Leizaola et alii, op.cit., una delegación jeltkide habría acudido a Versalles para presentar el pleito vasco ante las grandes potencias, siendo incluso recibida por Clemenceau, yen la I Asamblea de la SdN (noviembre de 1919). el ministro de asuntos exteriores argentino Puyrredón habría defendido el derecho de Euskadi a la reintegración foral. Tales extremos nos parecen sumamente improbables (no aparece rastro alguno de esos hechos en la documentación diplomática que hemos manejado), aunque es posible que cuando menos tuviesen lugar intentos, tanto ante Francia como ante la delegación argentina

48. Vid. Núñez, El problema, cit., 621-26. Un ejemplo: J. Carreras, *La protecció de les minories nacionals*, Barcelona: Ed. Catalana, 1923. *Euzkadi*, sin embargo, ni siquiera se pronuncia sobre la resolución de la Asamblea de la SdN en 1922

49. Vid. C. Ramos, "El nacionalismo vasco durante la Dictadura de Primo de Rivera", *Letras de Deusto*, enero-abril 1985. 137-67.

lanista Francesc Macià, y en el que se venía a predicar la formación de una Sociedad de Naciones sin Estado informal y “paralela” a la SdN.⁵⁰ Aunque estos planes poco pudieron prosperar, eran indicativos del tipo de protodiplomacia que los jeltkides imaginaban que podría ser efectiva para alcanzar sus objetivos...

Los nacionalistas vascos sólo contactaron con la problemática de las minorías nacionales europeas a finales de la década de los 20, y siempre llevados de la mano del principal intermediario entre el Congreso de Nacionalidades Europeas -y, por extensión, de la diplomacia germana- y el nacionalismo catalán: Joan Estelrich, lugarteniente de Cambó, quien desde 1927 se comprometió ante Ammende a atraer a los jeltkides a la órbita del movimiento nacionalitario europeo, y de hecho se dirigió personalmente al ex-diputado por Navarra Manuel de Aranzadi, quien por entonces se mostraba interesado en poder reunir a los “chefs des partis basques” (Comunión y PNV) para coordinar una acción exterior común.⁵¹ Pero pese a la insistencia de Estelrich, los nacionalistas vascos acabaron por no dar ninguna señal de interés en participar en la III Conferencia de Nacionalidades Europeas a celebrar en septiembre de 1927.⁵² Las circunstancias de semiclandestinidad y prudencia política que imperaban en España impedían llevara cabo estos contactos de modo más “oficial”, pero en todo caso esas primeras gestiones fracasaron. Tampoco los *aberrianos* llegaron mucho más allá en sus conspiraciones internacionales durante estos años: a lo sumo, Gaztañaga, exiliado en Alemania, estableció algunos contactos con los grupos de la derecha *völkisch* alemana y austríaca que a su vez mantenían algunos comités y organizaciones pseudomisteriosas en los que participaban exiliados nacionalistas del Este de Europa y del Cáucaso; pero no revistieron mayor trascendencia.⁵³ Igual falta de proyección práctica halló el intento de los *aberrianos* de América de conseguir que la delegación peruana ante la SdN presentase un memorándum sobre las reivindicaciones nacionalistas vascas en Ginebra: el Gobierno peruano se limitó a hacer caso omiso de la petición y a notificarla al Gobierno español.⁵⁴ Era evi-

50. Estévez, art cit., 10-13. El proyecto guardaba una cierta semejanza con lo que había sido la Union des Nationalités, y muy especialmente con otro abrigado por Gabriele d'Annunzio en 1920 (la Lega di Frume): vid. M. Ledeen, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume*, Baltimore/Londres: Johns Hopkins UP, 1977, 176-86.

51. Cartas de Estelrich a Ammende, s.L. 22.6.1927 y 23.6.1927; de Ammende a Estelrich. Viena, 27.6.1927 ([F]ondo [Elstelrich, Martorell]).

52. Carta de Estelrich a M. de Aranzadi, s.l., 15.7.1927 (FE).

53. Este sería el caso del misterioso “Comité de los Pueblos Oprimidos” de Berlín, presidido por un tal Herr Hubricht, y con el que el catalanista radical Daniel Cardona estableció contacto en 1926 por mediación precisamente de Gaztañaga (vid. D. Cardona, *Res de nou al Pirineu*, in id., *La Batalla i altres textos*, Barcelona: La Magrana/Diputació, 1984, 113-15). El profesor vienés vinculado a la derecha *völkisch* austríaca y bávara, Viktor Otte, quien era el promotor de una suerte de alianza internacional de nacionalidades (para la que no encontró apoyo de Berlín), afirmaba en 1926 haber mantenido contactos con nacionalistas vascos desde comienzos de la década de los 20: vid. V. Otte, *Die unterdrückten Völker der Welt. Gegen Lüge und Gewalt*, Viena: Ostmarken-Verlag, 1926, p.4. Ese entramado, mudante e inestable, de comités se encuadraba dentro de las relaciones establecidas desde principios de los años 20 entre los círculos *völkisch*, el NSDAP (a través de Rosenberg) y nacionalistas exiliados de Europa Centro-oriental. Vid. P. von zur Mühlen, *Zwischen Hakenkreuz und Sowjetstern. Der Nationalismus der sowjetischen Orientvölker im Zweiten Weltkrieg*, Düsseldorf: Droste, 1971, 36-37.

54. Vid. el manifiesto *A la Asamblea de la Sociedad de Naciones*, Gernika, 28.10.1928, y carta del *Euzkotar Naizko Gudaroste “Lenago II”* a Ministerio de Asuntos Exteriores peruano, s.l., 29.10.1928; carta de Presidencia del Consejo de Ministros a Quiñones de León, Madrid, 28.1.1929 (Archivo del [M]inisterio de [A]suntos [E]xteriores. Madrid, R.4134, Exp.4). Et mismo manifiesto fue publicado por el Comité Pro-Independencia Vasca de Gallastegi en Mexico (*Patria Vasca*, n.5. abril-mayo 1930, 13-19). *Lenago II* era el nombre de un grupo de *Mendigoitzales* durante la Dictadura.

dente que éste no era el camino más fructífero, pero a falta de una estrategia más conscientemente planificada de actividad paradiplomática, como era el caso de los catalanistas, los intentos aislados continuaron siendo la tónica durante algún tiempo. Así, cuando el canciller alemán Gustav Stresemann, ardiente defensor de los derechos de las minorías nacionales en Ginebra -ante todo por interés propio: facilitar una revisión pacífica de los Tratados de Versalles- visitó España en junio de 1929, para asistir a la reunión del Consejo de la SdN celebrada en Madrid, y pasó por San Sebastián y Barcelona, de nuevo los nacionalistas vascos -presumiblemente aberrianos- le hicieron llegar el escrito reivindicativo de 1928; incluso, unas declaraciones de Stresemann a la prensa en las que consideraba que España tenía también sus propios problemas de minorías nacionales en Cataluña y País Vasco estuvieron a punto de provocar un incidente con el Gobierno de Primo de Rivera -que se apresuró a difundir un comunicado desmintiendo las afirmaciones del canciller.⁵⁵

Los nacionalistas vascos sólo se decidieron por la participación activa en el movimiento nacionalitario europeo tras 1929, en buena medida gracias a la insistencia de nuevo de Joan Estelrich, interesado en diversificar el alcance, actividades y representación del CNE, así como darle un alcance más europeo-occidental. Si las gestiones de 1927 habían fracasado, en parte quizás por la falta de acuerdo entre Común y PNV para formar una delegación conjunta, Estelrich se dirigió a fines de 1929 al nacionalista independiente y residente en Madrid Odón Apraiz (colaborador de la Agrupación de Cultura Vasca de esa ciudad y futuro dirigente de Acción Nacionalista Vasca tras 1931) comunicándole el interés del CNE por atraer a los jeltkides. Apraiz ya habría transmitido a Bilbao las condiciones e informaciones necesarias para una eventual participación en el CNE, y opinaba que era imposible por las circunstancias políticas del momento el convocar una asamblea para “nommer des représentants au Congrès des Nationalités Européennes”, como el CNE pretendía, por lo que proponía que la organización nacionalitaria enviase “des notices et informes [sic] personnels pouvant servir à votre Comité pour organiser une enquête sur place dans les milieux actifs du Nationalisme basque”.⁵⁶ Gracias a estas gestiones, una delegación de nacionalistas vascos acudió al VI Congreso de Nacionalidades Europeas celebrado en Ginebra en septiembre de 1930, aunque revistió ante todo un carácter de observadora: la figura más destacada era Pantaleón Ramírez de Olano, director de Euzkadi, quien tenía además el objetivo de contribuir a la creación de la Asociación Internacional de Periodistas pertenecientes a minorías nacionales.⁵⁷

El paso de los nacionalistas vascos por Ginebra se plasmó en un creciente interés jeltkide por la política europea de minorías nacionales a partir de 1929/30, si bien por el momento la “política europea” no podía ocupar la atención primordial del nacionalismo vasco, que se hallaba en pleno proceso de reunificación y lanzamiento de un nuevo partido nacionalista (Asamblea de Bergara, 16.11.1930).⁵⁸ No obstante, algunos dirigentes también trasladados

55. Vid. el memorándum A l'Assemblée de la Société des Nations, firmado por la Armée des volontaires basques, 25.10.1928 ([P]olitisches [A]rchiv des [A]uswärtigen [A]mtes, Bonn, *Akten Deutsche Botschaft Madrid*, n.470, Bd 1). Sobre el incidente con Stresemann, vid. A. Peruchó, *Catalunya sota la dictadura*, Badalona: Proa, 1930, 241-44.

56. Caria de Apraiz a Vilfan, Madrid. 9.4.1930 ([B]undesarchiv [K]oblenz-[V]ilfan [N]achlaB)

57. Vid. *Sitzungsbericht des kongresses der organisierten nationalen Gruppen der Staaten Europas 1930*, Viena: Braumüller, 1931.

58. Vid. J.L. de la Granja, *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid: CIS/Siglo XXI, 1986, 30.35.

a Ginebra comenzaban a expandir desde Euzkadi los principios del movimiento de minorías europeas, aunque la correlación entre los intereses específicos del nacionalismo vasco y los postulados del CNE no fuese aún articulada de modo explícito. La óptica jeltkide, por otro lado, presentaba al Congreso de Nacionalidades de modo un tanto diferente a lo que era, considerándolo integrado por representantes “de las nacionalidades europeas que por una u otras razones no han llegado a concretarse en Estados nacionales”, y juzgaba que la importancia del CNE habría de radicar en: 1) la tendencia política mundial a la “internacionalización orgánica del derecho” mediante la creación de organismos supraestatales reguladores y árbitros de las relaciones entre las grandes potencias; 2) el CNE representaría las aspiraciones de 40 millones de personas, y 3) la convicción de que la paz europea no podría ser alcanzada sin ser resuelto el problema de las minorías nacionales. Con ello, el CNE sería una “promesa confortadora” en el futuro del continente, que además revestía por el momento la importante función de amplificador europeo de las reivindicaciones de los *pueblos oprimidos* de Europa. Y aunque se percibían claramente las contradicciones internas del Congreso de Nacionalidades y el carácter mínimo y de consenso que tenía la fórmula de la autonomía cultural, se reinterpretaba ésta en clave un tanto ambigua, como “libertad, en suma, para el cultivo [...] de la nacionalidad, y, por tanto, de todos sus rasgos distintivos”.⁵⁹ En la evolución hacia la creación de un derecho internacional orgánico, sólo faltaría el apoyo decidido de hombres de Estado que pusiesen en práctica sus postulados:

“...A toda realización jurídica ha precedido siempre una atmósfera creada por los pensadores: toda concreción política es el fruto de un germen lanzado por los intelectuales, por los tratadistas. Y al Congreso de las Nacionalidades, y al fin que persigue, no le falta ni la semilla intelectual ni el ambiente de ella nacido.”⁶⁰

La afirmación jeltkide de la fe en el Derecho minoritario como posible cauce de reivindicaciones políticas en la esfera internacional se basaba asimismo en la consideración de que problemas lingüístico-culturales semejantes a los de Euskadi existían también en otras zonas de Europa centro-oriental.⁶¹ Y pese a ser palmaria la actitud negativa por parte de Briand y de la diplomacia española frente a las reivindicaciones de las minorías nacionales, ello no debería hacer “desvanecerse la esperanza que es preciso colocar en una acción y un ambiente internacionales”.⁶²

Tras la asistencia de la delegación vasca al VI Congreso de Nacionalidades, Apráiz y Olano intercambiaron impresiones con las autoridades del PNV, y en noviembre de 1930 el primero notificaba a Vilfan que “nous sommes décidés à demander au Congrès la dite admission, en adressant à son Comité Exécutif une demande formelle”, en base a la afirmación internacional de la existencia de la nacionalidad vasca “par la race, la langue, l’origine et les caractères propres”; al igual que los catalanes, ucranios y otras nacionalidades representadas,

59. R. de I. [Ramón de Irezola], “Euzkadi en Ginebra”, E, 17.9.1930.

60. R. de I., “Euzkadi en Ginebra”, E, 19.9.1930.

61. R. de I., “Euzkadi en Ginebra”, E, 21.9.1930. Ponia como ejemplo la legislación de protección de minorías lingüísticas en Checoslovaquia, que podría aplicarse según el autor con baremos semejantes en Vizcaya, Guipúzcoa y partes de Alava y Navarra.

62. R. de I., “Euzkadi en Ginebra. Mr. Briand y las nacionalidades europeas”, E, 26.9.1930.

“En se rendant à Genève, la délégation basque ne renonce pas pour sa nationalité, à aucun des droits qui dérivent du principe des nationalités, et de ses institutions historiques revendiquées par tous les basques. Les aspirations populaires de ceux-ci dépassent certainement l’objet de ce Congrès, mais nôtre intention à cette occasion est uniquement de traiter la question nationale basque par rapport à la situation juridique internationale existant.”

Del mismo modo, expresaban los vascos sus reservas sobre la designación “minoría nacional”, pues “les basques de l’Etat espagnol sont dans un territoire uni, et constituent une nationalité compacte. Il n’y a pas d’obstacle cependant, pour que nous cherchions dans ce Congrès la forme pacifique de sauvegarder, par un sentiment d’humanité, les droits élémentaires de notre Nation, mise en situation de minorité”.⁶³ La demanda formal por parte del PNV debió llegar al CNE entre diciembre de 1930 y marzo de 1931, y ya a principios de abril de 1931 el Comité ejecutivo de la organización europea de nacionalidades se dirigía al “grupo vasco” indicándole la necesidad de cotizar puntualmente...⁶⁴ La incorporación del PNV a la protodiplomacia europea de las minorías nacionales parecía un hecho, si bien su contribución económica, p.ej., al sostenimiento del CNE, fue escasa y poco relevante -todo lo contrario que la catalana, que suponía sobre un 15%.⁶⁵

EL PERIODO REPUBLICANO (1931-37)

Las coordenadas de actuación de la política oficial española respecto al problema de las minorías nacionales, y las iniciativas paradiplomáticas de los nacionalistas periféricos, cambiarán un tanto tras la caída de la Monarquía española en abril de 1931 y la subsiguiente proclamación de la II República.

Por un lado, el partido catalanista hegemónico en el período republicano (la Esquerra Republicana de Catalunya) no mostrará interés alguno en participar en las actividades del CNE, y el entusiasmo internacionalista del catalanismo conservador de la Lliga durante los años 20 irá disminuyendo progresivamente desde 1932, empezando por su máximo adalid, Joan Estelrich: el catalanismo contemplaba ahora la posibilidad de intervenir e influir directamente en la política exterior real, es decir, la diplomacia de la República española.⁶⁶ Pero precisamente el hecho de que el catalanismo republicano consiguiese la autonomía para Cataluña al tiempo que se proclamaba la República, y que hubiese adquirido una influencia importante en los órganos de poder del nuevo Régimen español, hizo abrigar al CNE esperanzas en que la diplomacia española en Ginebra se orientase hacia la defensa de los derechos de las minorías nacionales y presionase, como lo había hecho

63. Carta de Apráiz a Vilfan, Vitoria. 14.11.1930 (BK-VN).

64. Carta de Vilfan a P. R. de Olano, Viena, 7.4. 1931 (BK-VN).

65. Así, p.ej., en la financiación de la publicación de los Lageberichte (colección de informes) sobre las nacionalidades europeas editados por el CNE en 1931, el grupo vasco apenas contribuyó con un 1,5% del total (Informe de Ammende al Auswärtiges Amt, *Verteilung der Lagepublikationskosten*, s.f., PAAA R.60529). Los catalanistas aportaban regularmente 5.000 francos suizos sobre un total de 37.000 al presupuesto global del CNE: vid. informe de Ammende a Roediger, Viena, 15.2.1935 (PAAA R.60531).

66 Vid. en general Núñez, *El problema*, cit., 709-58

Stresemann, en la dirección de una ampliación y mejora del sistema de protección de minorías de la SdN.⁶⁷

Tanto la Lliga, a través del personal entusiasmo de Estelrich, como el reunificado PNV, intentarán promover en el momento republicano su particular "política internacional" en 1931/32. El PNV había iniciado su periplo republicano con malas perspectivas de sacar adelante un Estatuto de Autonomía amplio: su ideología católico-conservadora hacía difícil su cohabitación con la izquierda republicana española. Pero la II República fue también para el nacionalismo vasco un período de expansión política y social: y como aspecto correlativo y paralelo, empezó a considerarse la necesidad de potenciar la actividad internacional. Así, tras el éxito electoral de junio de 1931, J.M. de Izaurieta exponía ya la necesidad de reorganización interna del PNV, siendo necesaria la creación de una "Sección de Propaganda Internacional" con la misión específica de "dar a conocer el pueblo vasco a otros pueblos y Estados de Europa".⁶⁸ Bajo esta perspectiva se contemplará la participación de una nueva delegación *jelkide* en el VII Congreso de Nacionalidades Europeas celebrado en Ginebra en septiembre de 1931, no importando tanto los debates teóricos como la machacona insistencia en *internacionalizar* el caso de Euskadi.⁶⁹ En octubre, el Euzkadi Buru Batzar acuerda imprimir un mayor impulso a la difusión exterior de las "libertades nacionales vascas"⁷⁰, y Ramón de Irezola destacaba específicamente la utilidad que para el PNV revestía el Congreso de Nacionalidades, "una magnífica caja de resonancia"⁷¹

En este contexto, tiene lugar la visita de Estelrich y Ammende a Euskadi. Con el fin de recabar el apoyo más activo de catalanes y vascos dentro de la nueva coyuntura que parecía abrir la proclamación de la República española, e invitado por Estelrich y el PNV, Ewald Amende visitó Barcelona, Madrid y Bilbao en octubre-noviembre de 1931, desplazándose a Euskadi en compañía de Estelrich a principios de noviembre. La visita de ambos líderes del CNE tenía lugar en una coyuntura difícil para el nacionalismo vasco: el PNV se encontraba sumido en un cierto bache político debido al fracaso del proyecto de Estatuto de Estella y de la retirada de la minoría vasco-navarra de las Cortes Constituyentes en septiembre (a causa de la cuestión religiosa).⁷² Estelrich buscaba sin duda tantear las posibilidades de acción conjunta entre el catalanismo conservador y los nacionalistas vascos en política interior, siendo la presencia de Ammende una perfecta pantalla internacional para expresar la

67. Vid. *Sitzungsbericht des Kongresses der organisierten nationalen Gruppen der Staaten Europas* 1931, Viena: Braumüller, 1932, 7-9 El momento coincidía además con una época de relaciones frías entre el CNE y la diplomacia alemana, después de que Curtius dimitiese tras una poco brillante actuación como sucesor de Stresemann. El mismo Estelrich afirmaba en su discurso ante la sesión de la Unión de Periodistas de las Minorías Europeas (Ginebra, septiembre de 1931) que los catalanistas intentarían "influencer l'Espagne dans sa politique internationale avec les solutions que nous aurions établies intérieurement", yendo a Ginebra a sostener "les mêmes principes que nous avons soutenus sur cette modeste tribune minoritaire" (anexo a informe del cónsul alemán en Ginebra, 14.9.1931. PAAA, R.60529).

68. J.M. de Izaurieta, "Entusiasmo y organización", E, 15.7.1931

69. "El VII Congreso de Nacionalidades Europeas", *Libertad Vasca*, 8.9.1931; R. de I., "Nuestra europeización", E, 9.9.1931.

70. "Las reivindicaciones nacionales vascas juzgadas por la prensa mundial", E, 8.10.1931

71. Ramón de kola, "Los nacionalismos europeos. una ocasión propicia", E, 20.10.1931

72. Granja, *Nacionalismo*, cit., 265-72.

oposición inicial de ambos partidos a varios aspectos de la II República. Por otro lado, la propia coyuntura política motivaba grandemente a los jeltkides a buscar conexiones exteriores: el PNV perseguiría un espaldarazo a su prestigio internacional y a la vez intentaría empezar una ambiciosa proyección exterior. Sin embargo, en el acto celebrado en la Sociedad Filarmónica de Bilbao y ante un público nacionalista, Estelrich se limitó a expresar su oposición a algunos artículos de la Constitución de 1931 (los referentes, sobre todo, a la cuestión religiosa) y sólo vagamente se refirió a los derechos de "Raza, Lengua y Religión" reconocidos por la SdN, que estarían en la base de las reivindicaciones de los nacionalismos catalán y vasco ante la República.⁷³ Ammende pronunció asimismo varias conferencias en francés, sin apartarse de los principios programáticos del CNE (autonomía cultural, rechazo del revisionismo de fronteras), siendo siempre presentado por Ramón de Bikuña como "estoniano", lo que ocultaba su verdadera condición de alemán de Estonia.⁷⁴ En todo caso, el nacionalismo vasco se reservaba su *especificidad* dentro del contexto europeo y buscaba más bien utilizar el CNE como plataforma de defensa de sus poco concretos objetivos de liberación nacional en el plano internacional, a pesar del relativo interés que la cuestión minoritaria desde un punto de vista jurídico-político cobró en la prensa nacionalista desde fines de 1931.⁷⁵

Las consideraciones elevadas por Ammende ante los dirigentes del CNE y ante la diplomacia alemana a su vuelta de Bilbao, sin embargo, no eran demasiado benignas con el nacionalismo vasco, al contrario que con los nacionalistas catalanes -a los que seguía juzgando como el aliado más interesante. Aunque Ammende mostraba esperanzas en los jeltkides, que según él se encontraban muy organizados y necesitados de apoyos exteriores para conseguir su Estatuto de Autonomía, consideraba a los vascos, por su "cerrazón" y "temperamento", como unos problemáticos aliados.⁷⁶ En el terreno práctico, el CNE depositaba más esperanzas en los catalanistas. Y de hecho, con la vuelta de los parlamentarios nacionalistas vascos a las Cortes en diciembre de 1931, el entusiasmo internacionalista del PNV amainó un tanto, aunque continuó vivo el interés jeltkide por participar en las actividades del CNE durante 1932: en julio de ese año, acudió de nuevo una delegación vasca -en realidad, monopolizada por el PNV- encabezada por J.M. de Izaurieta, al VIII Congreso de Nacionalidades Europeas, celebrado esta vez en Viena,⁷⁷ y en octubre participó Ramírez de Olano en el Congreso Paneuropeo de Basilea.⁷⁸

73. Vid. "Los problemas nacionales en la Europa de hoy", *E*, 4.11.1931, 1-2; *La Gaceta del Norte*, 4.11.1931

74. Eso significaba sin más que se ignoraba implícitamente que Ammende representaba a minorías nacionales en nuevos Estados nacionales, y no tanto a naciones irredentas. Vid. *E*, 4.11.1931 y 5.11.1931. De hecho, era el deseo de afirmación exterior lo que movía al PNV, como expresaba Bikuña: "debemos salir cara a Europa a contar nuestras cuitas, para que sepan que hay un pueblo que vibra por su libertad y que es necesario marcarlo dentro de un cuadro de Europa".

75. Vid. p.ej. Basaburu, "El problema de las minorías nacionales en el Derecho Internacional", *El Día*, 10.11.1931; Ayanbe (A. M. Labayen), "Nación y Estado. Euzkadi ante Ginebra", *El Día*, 7.1.1932; id., "Nación y Estado. Las nacionalidades en los Estados de Europa", *El Día*, 19, 21.1. y 4.2.1932; "El problema de Euzkadi en el campo internacional", *E*, 12.2.1932.

76. Informe de E. Ammende, *Spanien als Faktor der Nationalitätenpolitik.. Barcelona-Madrid-Biso. Reisebericht Oktober 1931* (PAAA, R.60529).

77. Vid. las crónicas de Izaurieta en *E*, 1, 5, 7 y 10.7.1932. El dirigente nacionalista destacaría sobre todo la concordancia con la delegación catalana en la sección "Iglesia y minorías nacionales":

78. Olazpi, "El Congreso de Pan-Europa y el reconocimiento de los derechos de los pueblos", *El Día*, 4.12.1932.

La coyuntura política española de 1933 reavivará el interés del nacionalismo vasco en potenciar el movimiento nacionalitario europeo, visto ahora como una proyección a nivel internacional de la alianza GALEUZCA de los nacionalismos periféricos (vasco, catalán y gallego), la cual incluirá en su organigrama incluso una comisión de política exterior encargada de la proyección peninsular y europea de la alianza.⁷⁹ El PNV tenía además razones específicas de política interior en ese momento: la necesidad de presionar en todos los frentes por una aceleración del proceso estatutario, aprovechando el clima de movilización creado alrededor del caso Ildiákez.⁸⁰ El proceso de preparación de GALEUZCA, comenzado meses antes, también estaba en relación con la acentuación de la voluntad *internacionalista* del PNV: así, el Gipuzku Buru Batzar organizó un gran mitin con ocasión del Aberri Eguna de 1933, bajo el lema *Euzkadi-Europa*. Según el comunicado hecho público por la organización guipuzcoana del PNV ese día, “las aspiraciones actuales vascas están perfectamente encuadradas en lo que se llama problema de las minorías nacionales [...] Se ha creado un nuevo derecho a la luz de las realidades políticas de la post-guerra. El nacionalismo vasco se ha adherido a las nuevas normas de política internacional”.⁸¹ Al acto asistieron líderes catalanistas secundarios, como Carrasco i Formiguera (por Unió Democràtica de Catalunya) y Francesc Maspons i Anglasesell (abogado catalanista y vicepresidente del CNE), el diputado del Partido Galeuista Ramón Otero Pedrayo, Ewald Ammende y los dirigentes jeltkides Ernadorena, Aguirre y Telesforo Monzón, quienes se esforzaron por destacar “los vínculos de Euzkadi con Europa y entre las tres nacionalidades ibéricas”.⁸² A pesar de que el mitin se encuadró también dentro de operaciones más complejas que tenían mucho que ver con el proceso de forja y los intereses existentes detrás de la *solidaridad nacionalitaria* de GALEUZCA (p.ej., los intentos de los sectores más nacionalistas de la Esquerra para combatir a la línea de Companys⁸³), no dejaba de ser expresivo del nuevo valor que aparentemente tomaba el CNE para los jeltkides. Así, no es de extrañar que se desprendiese una acusada confusión conceptual de los discursos de los oradores del mitin, pues cada uno parecía hablar en términos muy diferentes, con lo que se reflejaba lo difícil que era la conexión deseada entre minorías nacionales europeas y nacionalismo vasco: mientras Monzón se expresaba en términos independentistas, exhortando a Ammende (que no sabía castellano) a que “expreséis ante Europa entera el anhelo vivo y hondo de este pueblo vasco que quiere, que reclama, que exige, que obtendrá, la independencia total de Euzkadi”, Ammende se limitó (en una breve salutación en francés y alemán que pocos entenderían) a hacer constar su simpatía con el nacionalismo vasco en términos genéricos que no denotaban compromiso político, y

79. La vertiente “europea” de GALEUZCA fue destacada sobre todo por los catalanistas Maspons, Estelrich y Dencàs: vid. “Documentación sobre el pacto de Galeuzca entre los nacionalismos gallego, vasco y catalán (verano de 1933)”, Revista Internacional de *Estudios Vascos*, XXXII:1 (1987), 233-40.

80. El joven nacionalista Ildiákez fue encarcelado y condenado por haber respondido al jurado popular de forma deficiente al no comprender bien el castellano. El hecho fue interpretado, en una coyuntura política de enfrentamiento con Madrid, como un símbolo de la *opresión* de la lengua y nacionalidad vascas por el Estado español. Vid. Granja, *Nacionalismo*, cit., 326-27. Sobre GALEUZCA, vid. sobre todo J.L. de la Granja, “La alianza de los nacionalismos periféricos en la II República: Galeuzca”, in J.G. Beramendi/ R. Villares (ed.), *Actas Congreso Castela*, Santiago: Universidade de Santiago, 1989. vol.I, 321-47.

81. *El Día*, 16.4.1933. Dentro de esa dinámica de propaganda exterior, los nacionalistas vascos procuraban llamar la atención del Consulado británico de Bilbao sobre el nesgo de conflicto en el País Vasco: vid. informe del Cónsul, 19.6.1933, en [P]ublic [R]ecords [O]ffice/[F]oreign [O]ffice, 371/17435.

82. Granja, *Nacionalismo*, cit., 327-28.

83. Vid. E. Ucelay da Cal, “Política casera, política de fuera”, cit.

Aguirre acentuó los tintes maximalistas, usando el término "Europa" como una suerte de instancia legitimadora de ese anhelo: "decid en la Sociedad de Naciones que si Polonia y Checoslovaquia y otros pueblos de Europa se levantaron virilmente en pos de su libertad, tras ella caminará Euzkadi".⁸⁴ El juego de ilusiones ópticas, con la figura de Ammende al fondo, continuaba, pero todos parecían creer en una imagen idealizada de sus respectivos interlocutores. Egizale (Alberto Onaindía) insistiría a los pocos días del mitin sobre la necesidad para el PNV de "incrementar más y más los lazos con el resto de Europa" a través del CNE, invocando a los "tribunales europeos, instituciones, etc.", donde "se propugnan los derechos de la lengua, de costumbres, de religión de minorías", pero sin renunciar por ello a los postulados sabinianos.⁸⁵

La interpretación más completa, y la vez sintomática, de la difícil adaptación del nacionalismo vasco a la problemática expresada por el movimiento nacionalitario europeo era expresada en una conferencia por Manuel de Irujo, uno de los más entusiastas partidarios de la participación de GALEUZCA en el CNE.⁸⁶ Irujo partía del Tratado de Versalles de 1919, pues "hasta ese momento de la guerra, las nacionalidades no habían jugado gran papel en la Historia", siendo Wilson el apóstol de "los pueblos con derecho a la plenitud de su nacionalidad". El navarro concebía dos grandes principios en lucha en los pueblos, a saber: nacionalismo y socialismo, interpretando a lo largo de la historia del primero personajes tan diversos como el padre Vitoria, Wilson y Gandhi, hasta llegar a la "nueva generación" que sería el CNE, "la Sociedad de Nacionalidades, y entre ellas está el pueblo vasco. Son cuarenta pueblos que sin guerra aspiran a encontrar su nuevo Versalles". Pese a comprender la naturaleza del sistema establecido por los Tratados de Minorías (que Irujo juzga acertados para evitar que "de un nacionalismo irredento se pasase a un nacionalismo imperialista"), el dirigente peneuvista elaboró asimismo una confusa síntesis: a través del Derecho "existen actualmente las siguientes organizaciones y situaciones: la Sociedad de Naciones, la Sociedad de Nacionalidades, la doble nacionalidad y los hombres sin patria". Mientras la primera querría llegar a "un Derecho de Gentes de aplicación internacional", la segunda "es la reunión de los pueblos que no han logrado su independencia y la gestionan. La integran representantes de ellos y un delegado de la Sociedad de Naciones. Ha pedido que el Tratado de Minorías rija en todos los pueblos, y si lo logra, como está en camino, tendrá que regir aquí". La tensión entre autonomismo táctico e independentismo ideológico, característica del PNV en los años 30, también se expresará, en consecuencia, en el confusionismo de los planteamientos del PNV respecto al Congreso de Nacionalidades.⁸⁷ Para Irujo, el nacio-

84. El Día, 18.4.1933. Maspons i Anglasesell todavía pronunció en los días sucesivos algunas conferencias sobre "Las minorías nacionales europeas", en tono aún más oficial y captando la verdadera dimensión europea del problema (E, 19.4.1933). En los círculos dirigentes del PNV, la confusión -o idealización?- en torno a la verdadera personalidad de Ammende pervivirá, hasta el extremo de considerarlo poco menos que el representante del "interés" por las pequeñas patrias de una nación recién independizada, Estonia (obviando el hecho de que Ammende era un alemán de Estonia). Vid. p.ej. R. de Bikuña, "A buen juez, mejor testigo. Allá, en Euzkadi, hay...". *Libro de Oro de la Patria*, Donostia: Ed. Gurea, s.f. [1934]. sin paginar.

85. Egizale, "Euzkadi-Europa", E, 22.4.1933.

86. M. de Irujo. "Nacionalismo e internacionalismo", E, 22.4.1933

87. Sobre la ambigüedad estratégico-ideológica entre independentismo y autonomismo en el PNV de la II República -lo que ya tenía raíces doctrinales anteriores, desde 1906. vid. J.L. de la Granja, "El nacionalismo vasco entre la autonomía y la independencia", in J.G.Beramendi/ R. Máiz (comps.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid/Santiago: Siglo XXI/Consello da Cultura Galega, 1991, 101-25.

nalismo “no puede definirse más que como un camino cuyo final es el logro de la soberanía espiritual y material. Los pueblos tienen dos caminos para lograr su independencia: el del derecho y el de la soberanía”, con lo que el dirigente nacionalista estaba aplicando al terreno internacional la misma estrategia seguida por el PNV en relación con el Estatuto de Autonomía, “no hemos de descansar, apelando al derecho, hasta conseguir el reconocimiento del derecho del pueblo vasco a su vida independiente y soberana”. Irujo concebía a GALEUZCA como una suerte de filial ibérica del CNE, cuya función sería ejecutar la “vertiente peninsular” de la política internacional del nacionalismo vasco, así como el lograr una entente con Portugal y, curiosamente, actuar de bastión contra la “influencia francesa” en la política española, que suponía pretendía garantizar un seguro enlace de Francia con sus colonias norteafricanas.⁸⁸

A la vuelta de su nuevo periplo ibérico de 1933 -tras visitar Euskadi, Ammende estuvo en Galicia invitado por el PG, y después en Portugal-, Ammende publicó unas impresiones sobre el nacionalismo vasco que seguían denotando más preocupación que confianza, considerando que el “fanatismo” y radicalismo independentista que percibía en el PNV podrían llevar a una revuelta contra el Gobierno de Madrid si éste no concedía a tiempo el estatuto de autonomía. Euskadi, así, era para Ammende ante todo un potencial peligro para la paz del continente, antes que un caso ejemplar.⁸⁹

Los jeltkides manifestaban, por lo tanto, objetivos políticos que al menos oficialmente no podían ser albergados por el movimiento nacionalitario europeo, y de hecho el entusiasmo internacionalista de los primeros meses de 1933 cedió de nuevo en poco tiempo. Ni la contribución financiera del PNV al CNE aumentó, ni tampoco el Euzkadi Buru Batzar envió finalmente delegados vascos al polémico -por el enfrentamiento entre minorías judías y alemanas- IX Congreso de Nacionalidades Europeas celebrado en Ginebra en septiembre de 1933. La decidida voluntad de Irujo de participar en el CNE y convertir a GALEUZCA en una plataforma asociada a éste fue defraudada, con lo que, en su opinión, el nacionalismo vasco se volvía a encerrar en sí mismo.⁹⁰ La ausencia de los jeltkides en el IX Congreso de Nacionalidades es difícilmente explicable, de todos modos: aparte de un interés solamente *relativo* en el CNE -lo que se contradice con el entusiasmo europeísta del Aberri Eguna-, quizás las razones estén en las complejas circunstancias políticas interiores del verano-otoño de 1933, especialmente en la concentración de los esfuerzos del PNV en la preparación del plebiscito autonómico y más tarde de las elecciones generales, en noviembre. Si apelar a “Europa” en la primera mitad de 1933 podía tener sentido para el PNV ante el estancamiento del proceso estatutario, éste se agilizó desde agosto (asamblea de ayuntamientos vascos), con lo que la utilidad de la actividad exterior perdió relevancia. Dado que el partido

88. “...Y ahí se apunta cabalmente la política nacionalista de Galeuzca, de Cataluña y Euzkadi, que tienen la misma situación, cuyo nervio central son en ambas los Pirineos. Necesitamos situarnos de tal modo que podamos impedir a nuestro respectivo país el carácter de paso colonial francés que los planes militares de la vecina República han proyectado. Ello nos da un objetivo, nos obliga a adoptar un plan y nos coloca en posición de discutir en medios internacionales las consecuencias de nuestro hecho diferencial”. M. de Irujo, “Galeuzca. Política vasca peninsular”, in *El Libro de Oro de la Patria*, cit.

89. Vid. E. Ammende. “Spanien am Scheidewege”, *Europäische Nationalitäten-Korrespondenz*, 8-12, Viena, 19.8.1933.

90. Vid. la carta de Irujo al Euzkadi Buru Batzar, Estella, 26.9.1933 [Archivo Irujo, carpeta 46] en la que exponía lo que podría haber sido la participación vasca y de GALEUZCA, como pantalla para presentar el caso Idiakez y presentar una petición a través del CNE y de la SdN (agradezco al profesor X. Estévez el envío de este documento).

nacionalista carecía de órgano específico alguno encargado de las relaciones internacionales, tampoco es de extrañar que no pudiese enviar dirigente significativo alguno a Ginebra. Y las relaciones *internacionales* del PNV tampoco iban mucho más allá del CNE: en su informe anual para 1933, el Bizkai Buru Batzar sólo mencionaba bajo el epígrafe “Relaciones exteriores” el envío de publicaciones e información sobre el nacionalismo vasco a instituciones científicas extranjeras que las solicitaron, y dos informes políticos sobre la situación de Euskadi a un consulado europeo y otro americano.⁹¹

Sin embargo en las no muy halagüeñas circunstancias políticas imperantes para el nacionalismo vasco durante 1934, la ida a Ginebra podía replantearse como estrategia de presión indirecta ante el Gobierno español, dominado por la CEDA y que mostraba una mínima voluntad de poner en práctica el Estatuto de autonomía. A lo largo del año, el proceso autonómico volvió a paralizarse, se produjeron divergencias políticas dentro del PNV y estalló el conflicto de los ayuntamientos vascos con el Gobierno central.⁹² Tímidamente, al acercarse septiembre, los jeltkides adoptarán de nuevo una posición abierta hacia la participación en el CNE, el cual estaba por lo demás caracterizado por un alineamiento progresivo con la política exterior de la Alemania nazi.⁹³ A la X Conferencia de Minorías Europeas, que tendrá lugar en Ginebra en septiembre, sólo acudirá J.M. de Izaurieta, quien se limitará por lo demás a publicar un comunicado conjunto con Maspons i Anglasesell, reproducido después en diarios catalanes y vascos, en el que se denunciaba el incumplimiento por parte del Estado español de los requisitos legales debidos en su trato a las nacionalidades, y proponían una revitalización de GALEUZCA, por “la necesidad de mantener una acción conjunta que dejando a cada uno de los dos países su libertad de decisión favorezca el mejor éxito de sus respectivas reivindicaciones”.⁹⁴ Pero esta propuesta cayó en saco roto: no hay que olvidar que ya en 1934 Maspons representaba solamente una figura independiente y con cierto prestigio individual dentro del panorama político del catalanismo, pero nada más; es sintomático por lo demás que Euzkadi apenas informase de la celebración del X Congreso de Nacionalidades.⁹⁵ Quizás tal desinterés tenga una explicación adicional en la desconfianza que empezaría a inspirar el CNE como organización próxima a la diplomacia de la Alemania nazi, siendo como era el nazismo duramente rechazado desde *Euzkadi*. Pero la situación cambiará un tanto en 1935, en parte como producto de la cierta exasperación que producirían los acontecimientos de octubre de 1934 y la persistencia del parón autonómico en España. Así, en septiembre de 1935, una delegación vasca de cierta importancia cualitativa, integrada por J.A. de Irazusta y José Antonio Aguirre, acudió a Ginebra con el objetivo de participar en el XI Congreso de Nacionalidades Europeas y asimismo asistir a la Asamblea anual de la SdN, ya que en ella se iban a tratar temas candentes como la invasión de Etiopía por la Italia fascista.⁹⁶ Más que la necesidad de afirmación internacional, primaba

91. Reproducido en Leizaola/Jemein/Kareaga, op.cit., p.93

92. Vid. Granja. Nacionalismo, cit., 440-91

93. Vid. Núñez, *El problema*, cit., 515-63

94. *El Día*, 20.9.1934.

95. “Ecos Internacionales”.E, 16.9.1934

96. Jon Andoni (J.A. de Irazusta), “Desde Ginebra”, E, 7.9 1935. y “Desde Ginebra. Una sesión de la S.d.N.”, E, 11.9.1935. El PNV tenía un interés especial por la cuestión etiope, por cuanto además su cerrada oposición a la agresión italiana le diferenciaba claramente de las derechas españolas, que tomaron partido por Mussolini. Vid. Granja, *Nacionalismo*, cit., 536-37.

esta vez en el ánimo del PNV el deseo de presentar ante la opinión pública europea el estado de parálisis en que se hallaba el proceso autonómico, y el reavivarse del “contencioso” con el Gobierno de la República española, como muestra el memorándum presentado por el PNV ante el CNE.⁹⁷ A su vez, el análisis del sustancioso informe elaborado por Aguirre e Irazusta para el Euzkadi Buru Batzar proporciona una muy ajustada valoración de lo que eran las relaciones entre el PNV y el movimiento nacionalitario europeo, así como del valor que revestían para los vascos los contactos con las minorías nacionales de Europa: vale la pena por lo tanto examinarlo detenidamente.⁹⁸

En Ginebra, los delegados vascos se interesaron en primer lugar por que el CNE adoptase alguna resolución sobre el problema de Abisinia. Pese a la insistencia de los jekides, la mayoría del Congreso de Nacionalidades optó por desestimar el pronunciarse sobre la cuestión, lo que los jekides atribuyeron a la “irrupción de las ideas autoritarias en los grupos étnicos separados de su Estado nacional y que ven por esta razón con irreprimible simpatía los movimientos de expansión”, sobre todo por el predominio del “elemento alemán” en el CNE. Ante las circunstancias, y de acuerdo con el catalán Batista i Roca, los delegados vascos guardaron silencio, limitándose su intervención a una breve salutación de Irazusta. Tras la finalización de las sesiones del Congreso, los delegados del PNV intentaron entrevistarse con varios embajadores (haciéndolo con el de Abisinia, pero no pudieron con el de Irlanda, Eamon de Valera). Dado que el Congreso se ocupó sobre todo de la situación de las minorías nacionales bajo la férula de Estados autoritarios, el informe se ocupa ampliamente de las discusiones tenidas sobre ese aspecto: pero concluían provisoriamente que “existe una diferencia notable entre el problema de estos pedazos de nacionalidad segregados de un lugar o incorporados a otro como resultado de los Tratados de Post-guerra, con el problema nacional de Euzkadi”, si bien en la defensa de la cultura de un grupo étnico diferenciado frente a un Estado asimilador, “el fondo de los problemas es el mismo, la defensa de las características nacionales frente a las concepciones estatales que las niegan [...] cuanto tienda a unir los esfuerzos de todos con la finalidad de contrarrestar la extensión de la plaga del autoritarismo será medida necesaria y prudente”. De todos modos, el interés mayor de los jekides radicó en la discusión de la posible generalización del sistema de protección de minorías de la SdN a toda Europa: como señalaban,

“...tiene extrema importancia este problema en relación con las apelaciones a la Corte de Justicia Internacional de La Haya. Pues así como las Nacionalidades europeas comprendidas en los Tratados de postguerra (todas las Centro-europeas) tienen un recurso ante aquel alto Tribunal para el caso de que sus derechos reconocidos en los Tratados fuesen hallados, nosotros los occidentales estamos privados de un derecho que podrá tener o no importancia efectiva (depende de la buena fe de los Estados), pero que indudablemente aumentaría el prestigio internacional de nuestras Nacionalidades.”

Otro apartado del informe se dedicaba al examen de la situación en Europa Central, destacando en primer lugar “la influencia creciente del germanismo con sus ideas autorita-

97. Informe (en francés) sobre la nacionalidad vasca, y anexo *État actuel du problème basque (1934-1935)*, Genève, septembre 1935 ([A]rchivo [H]istórico [N]acional, [S]alamanca, PS Bilbao, 185 (2)). Agradezco al Prof. José Luis de la Granja el envío tanto de este documento como del citado en la nota siguiente.

98. *Al Euzkadi Buru Batzar. Raport del Congreso de Nacionalidades y gestiones relacionadas en Ginebra por los suscritos, Don Juan Antonio de Irazusta y Don José A. de Agirre, como delegados vascos en 1935*, fechado a 129.1935 (AHNS, PS Bilbao, leg. 259).

rias entre todos los pueblos de Europa Central” y su significativa repercusión en el seno del CNE. Pero los jekides no consideraban la difusión del nacionalsocialismo como el problema más grave, “al fin, supone una defensa de las características nacionales que pueden ser holladas por aquellos Estados a los que estos nacionales pertenecen”, sino que lo más amenazador sería que “el proceso de germanización intensísimo ha plasmado en acciones políticas que entrañan indudable peligro para las Nacionalidades constituidas en Estados al final de la Guerra [...] el más grave de todos a nuestro juicio es el problema alemán dentro de Checoslovaquia”. Especialmente impresionados estaban con el ejemplo de los Sudetes, en cuanto éstos podrían ser un peligroso ejemplo para los *maketos* en una futura Euskadi independiente o autónoma,

“Nos preocupó extraordinariamente este caso, porque si bien en menor extensión y con mucha menos importancia cultural, también en Euzkadi, no ya en caso de independencia, sino en el de una simple autonomía pudiera darse el fenómeno de la unión de los elementos extranjeros con todos aquellos traidores a la raza que pudiera en un momento determinado adquirir notable influencia o en todo momento obstruir la labor nacionalizadora que el patriotismo vasco quisiera llevar adelante. Justo es, pues, que veamos lo que pasa en casa del vecino para que sepamos prevenirnos a tiempo con medidas convenientes.”⁹⁹

La influencia *germánica* que se avecinaba sobre Europa, vaticinaban, sería formidable, lo que además se apreciaba en el buen trato dispensado por Alemania al CNE. En este punto, los delegados del PNV consideraban que Euskadi jugaba en una posición desventajosa respecto a minorías nacionales que contaban con una *Mutterland* que pudiese intervenir a su favor; por ello, Euskadi debía crear un conflicto que llamase la atención internacional, “habremos de crear el problema si queremos inquietar”. Aquí comenzaban Aguirre e Irazusta la tercera parte de su informe, referida a la situación internacional de las nacionalidades occidentales. En su opinión, los líderes del CNE no se esforzaban en conseguir el concurso de bretones, occitanos o vasco-franceses, para no inquietar a la diplomacia francesa; en cambio, España poseía poca resonancia internacional, lo que afectaba negativamente a la difusión de las reivindicaciones de nacionalistas catalanes y vascos, pues

“...es por lo que nuestros movimientos nacionales, hoy sin disputa ninguna los mejor organizados y más potentes en su género en Europa no alcanzan aquella importancia efectiva, no sentimental, que los pueblos situados en Centro-europa consiguen: pero que conseguirían a no dudarlo y en término rapidísimo si los betones, los provenzales y nosotros a través de nuestros compatriotas los vascos continentales inquietaran e inquietáramos con propagandas eficaces, la tranquilidad aparente del Estado francés. Este hecho repercutiría con notoria influencia en la política internacional debilitando la posición privilegiada de Francia.”

Para los delegados vascos, además, el CNE, pese a su oficial condena del separatismo y su defensa de una solución basada en la autonomía cultural, en el fondo respiraba una

99. Los delegados del PNV no fueron los únicos nacionalistas en darse cuenta de esa contradicción cierta (es decir, que las minorías nacionales centro-europeas eran más equiparables en su situación a los no-vascos inmigrados, p.ej.): el mismo A. Rovira i Virgili afirmaba en 1931 que el caso de Cataluña no era comparable al de las minorías nacionales europeas, sino que por el contrario su verdadero paralelo en la Cataluña autónoma eran los inmigrantes castellano-hablantes, con lo que proponía en la práctica que Cataluña fuese “generosa” en su tratamiento a sus propias “minorías” siguiendo el espíritu de los Tratados de Minorías Vid. A. Rovira i Virgili, *Catalunya i la República*, Barcelona: Undarius, 1977[1931], 11-12. Vicente Risco, por su parte, señalaba acertadamente en 1934 que las propuestas del CNE concebían a la nacionalidad de un “modo individualista”, considerando la minoría nacional como “un agregamiento de homes, más ben que coma un carpo social natural”, lo que diferiría de la consideración orgánico-objetiva de las “nacionalidades homogéneas”: vid. V.Risco, “Nacionalismo galego”, *Alento*, n 6 (1934), p.126.

atmósfera opuesta a la pervivencia de los Estados nacionales existentes, con lo que si por un lado la plataforma político-propagandística ofrecida por el Congreso era aprovechable, por otro lado no se podían evitar las diferencias entre nacionalidades del Este y del Oeste de Europa:

“...a pesar de que indudablemente existe un espíritu nacionalista común en sus fundamentos más generales entre los problemas occidentales y los Centro-europeos, éstos [...] tienen una fisonomía especial, son productos de distribuciones, incorporaciones y segregaciones verificadas arbitrariamente con fines políticos. No es posible comparar en su aspecto reivindicador el problema de un pueblo que desea incorporarse al Estado nacional del cual fue violentamente segregado, con el problema nacional vasco por ejemplo, porque éste persigue su libertad propia [...] Pero existe una coincidencia fundamental e importantísima y es que todos, unos y otros, sienten en todo o en parte la opresión de un Estado extranjero, y en este sentido es precisa la unión para una acción lo más extensa y efectiva posible.”

Difícilmente se podía expresar mejor la visión vasca de los problemas nacionales europeos. La propuesta alternativa de Aguirre e Irazusta será la formación, a partir del PNV, de un Congreso de Nacionalidades Occidentales, que habría de funcionar paralelamente y en contacto con el CNE, y que respondería a la necesidad de “la creación de un problema occidental a base de la inteligencia de las nacionalidades de Occidente”. Dicho Congreso alternativo estaría integrado por representantes de Cataluña, Flandes, Bretaña, Occitania, Galicia y Euskadi (peninsular y continental)¹⁰⁰, y su previsible enfrentamiento con los intereses diplomáticos franceses daría gran notoriedad a las reivindicaciones nacionalistas. Como España se alinearía, siguiendo su tradicional francofilia en política exterior, al lado de Francia en caso de conflicto, la consecuencia lógica para el nacionalismo vasco sería “estrechar las relaciones con Inglaterra preparando individuos aptos para poder desarrollarlas”, en cuanto “el porvenir de Euzkadi por un hecho internacional está íntimamente ligado a una posible lucha no tan ilusoria como muchos creen, entre países sajones y latinos”. Una vez que el Congreso de Nacionalidades Occidentales estuviese asentado, se llevaría a cabo como paso siguiente una presentación del problema nacional vasco ante Europa, “con la exigencia jurídica como objetivo y la amenaza como medida”, buscando un Estado protector que “por interés político acoja con simpatía el problema”. De modo realista, pues, el *patrón exterior* se presentaba como necesidad complementaria. Y a esa actividad exterior había de complementar una peninsular, para lo que proponían revitalizar GALEUZCA, al menos en un “terreno cultural”. Resumían finalmente Aguirre e Irazusta sus proposiciones de manera concreta: era preciso combinar la estrategia de colaboración internacional entre nacionalidades, con la búsqueda de un Estado protector de modo oportunista,

“...Es precisa la inteligencia de los pueblos occidentales, la creación de un problema en Occidente, y en su consecuencia plantear en forma eficaz aprovechando cuantas circunstancias sean precisas nuestras reivindicaciones ante los organismos interracionales. Para ello seguir relacionándonos o procurar encontrar en la política europea valedores que un día puedan interesarse por nuestro problema.”

100. Un posible precedente era, sin embargo, el Comité Central des Minorités Nationales de France, formado en 1927 con la participación de nacionalistas bretones, corsos y alsacianos, y que se inspiraba directamente en el CNE, aunque circunscribía su ámbito de actuación al Estado francés. En los primeros llamamientos, efectuados desde el nacionalismo bretón en 1925, se pretendía también incluir a vascos, galeses y escoceses, y quizás hubo algún contacto con los abertianos. Vid. M. Marchal, “Pour une politique internationale des minorités”, *Breiz Atao*, n.75, mars 1925. Para el contexto, vid. Núñez, *El problema*, cit., 362-75

A pesar de que de entrada habían expresado un rechazo frontal hacia el fascismo, el razonamiento final no deja de sembrar cierta duda: ¿vacilarían en el caso de que ese posible valedor fuese Alemania o Italia, en el caso de que Gran Bretaña no se mostrase interesada en apoyar la causa vasca?¹⁰¹ Como propuesta de acción inmediata, Aguirre e Irazusta sugerían al Euzkadi Buru Batzar que el PNV emprendiese más seriamente la labor paradiplomática, formando cuadros competentes con conocimientos de idiomas y aprovechando tanto la plataforma del CNE como cualquier medio de entrar en contacto con personalidades relevantes en la escena internacional.

No sabemos cuál fue la respuesta del Euzkadi Buru Batzar a estos requerimientos, pero es de suponer que de nuevo las cambiantes circunstancias de política interior española concentraron su atención desde fines de 1935. Obviamente, el estallido de la Guerra Civil tras el golpe de estado de julio de 1936 truncó cualquier ulterior desarrollo de la participación internacional vasca en la dirección apuntada por Irazusta y Aguirre. Al XII Congreso de Nacionalidades Europeas, celebrado en Ginebra en septiembre de 1936, no acudió ningún representante jeltide, mientras sí lo hacía en cambio una delegación catalanista encabezada por Batista i Roca. Al contrario que los sectores catalanistas que coquetearon con el CNE y la diplomacia nazi desde 1935, el PNV se mantuvo firme ante cualquier tentación de entrar en la órbita germánica, y sólo volverá a intentar conectar con el CNE con ocasión del XIII Congreso de Nacionalidades, que se celebró en Londres en julio de 1937, bajo los auspicios de destacadas personalidades británicas y la mirada vigilante y desconfiada del Foreign Office.¹⁰² El PNV envió una delegación oficiosa, encabezada por R. de la Sota y Aburto (hijo del famoso naviero nacionalista) y Antonio de Labayen, por recomendación de Izaurieta, por entonces miembro de la delegación del Gobierno Vasco en París. Ambos delegados, sin embargo, una vez inaugurado el congreso, intentaron arrancar del CNE una declaración a favor de la causa del nacionalismo vasco y explícitamente en contra del bando franquista: al no permitirlo la presidencia de la Conferencia, detentada por el diputado liberal británico y ardiente defensor de la causa de las minorías Lord W.H.Dickinson, Labayen intentó presentar a la organización nacionalitaria ante la opinión pública inglesa como un apéndice del III Reich, lo que fue silenciado por el CNE, los círculos liberales británicos que con él simpatizaban, y la propia prensa británica.¹⁰³ El espejo de la política internacional de solidaridad entre nacionalidades oprimidas se rompía así definitivamente para el nacionalismo vasco.

101. Un muy parecido razonamiento estratégico, a fin de cuentas, se podía hallar p.ej. en la petición de ayuda por parte de los catalanistas radicales a la Alemania nazi en 1935, quizás con el concurso de los Mendigoitzales. Vid. Núñez, "Nacionalismos periféricos y fascismo", cit. Otra cosa era a quién se le presentaba ese razonamiento.

102. La celebración del XIII Congreso en Londres formaba parte de un complejo entramado de relaciones entre los líderes de las minorías alemanas y sectores de la opinión pública liberal británica, especialmente del movimiento pro-Sociedad de Naciones, muy fuerte en las islas. El CNE pretendería así intentar ganar a la diplomacia británica para que defendiese la causa de las minorías nacionales en Ginebra -ya que Alemania estaba ausente de la SdN desde fines de 1933. y a la vez sacudirse la sospecha de instrumento de los nazis. Vid. Núñez, *El problema*, cit., 541-63.

103. Vid. el informe de Popoff al Auswärtiges Amt, *Der Londoner Minderheitenkongress*, Londres, 21.7.1937 (PAAA, R.60533). El fracaso de los delegados del PNV fue tan palmario, que Euzko-Deya de París ni siquiera se hizo eco de su ida a Londres.

CONCLUSIONES

¿Hasta qué punto fue capaz el nacionalismo vasco de desarrollar una política internacional con cierta proyección antes de 1939? La respuesta parece evidente: fuera de coyunturas específicas, el PNV se mostró incapaz de llegar a articular una conexión de sus reivindicaciones políticas internas con el marco jurídico-legal existente en política internacional, y además tendió a caer con demasiada frecuencia en el espejismo de ver el mundo y realidades aparentemente afines a través del prisma propio. Si el *efecto demostración* de la proclamación del principio de las nacionalidades durante la I Guerra Mundial y la extensión del wilsonismo no tuvieron más que un impacto limitado sobre la evolución de las formulaciones políticas y las actuaciones tácticas del nacionalismo vasco, la conexión del PNV con la política internacional de minorías en la posguerra mundial fue tardía y poco elaborada, al contrario que el catalanismo, que incluso fue capaz de aportar su “grano de arena” a la cuestión, tanto a nivel político como ideológico. La cierta estanqueidad ideológica del nacionalismo vasco y su monolitismo, la integridad de la afirmación nacionalista y al mismo tiempo la especificidad de sus postulados hacían aún más difícil la adaptación a un programa y unas soluciones pensadas para situaciones diferentes -las minorías nacionales del Centro y Este de Europa- a la de Euskadi. Pero la pantalla de legitimación ofrecida por la problemática de las minorías nacionales cobijadas por la Sociedad de Naciones, y el cierto eco internacional del que gozaba el CNE, permitía jugar con ello de modo oportunista: algo que también hicieron otros nacionalismos occidentales -p.ej., el flamenco o el bretón-, aunque fuesen conscientes de las limitaciones inherentes a ese juego.¹⁰⁴

Sin embargo, esto no quiere decir que el PNV dejase de elaborar, al menos embrionariamente, un proyecto de política internacional por sí mismo, una *protodiplomacia* que aprovechase un tejido institucional o legal existente pero que abrigaría propósitos estratégicos más amplios¹⁰⁵, y que se basaba sobre todo en una búsqueda de *audibility*, de eco internacional a sus demandas, y en una capitalización de una situación de conflicto internacional controlado, mediante una coordinación de los esfuerzos de otras nacionalidades consideradas más afines -como bien entendieron Aguirre e Irazusta en 1935- y al mismo tiempo mediante la búsqueda de un patrón exterior que apoyase y cobijase la causa vasca. Si ya Sabino Arana manifestaba simpatía por Gran Bretaña, esa anglofilia fue la que llevó a su hermano Luis Arana a presentar en 1938 un proyecto de creación de protectorado británico ante el Foreign Office, proyecto que fue contestado con vaguedades y amables evasivas por la diplomacia británica.¹⁰⁶ En todo caso, el nacionalismo vasco se debatía entre la imagen

104. Se podrían citar varios ejemplos: para los flamencos, vid. la reflexión al respecto de G. Schamelhout, “De Staatenbond en de ethnische minderheden”, in Id., *Ethnische Vraagstukken en Verzamelde Toespraken*, Amberes: Schamelhout-Huldecomité, 1939, 22-36. Para los bretones, vid. O.Mordrel. “Essai d'un classement des Minorités”. *Peuples et Frontières*, n.10, 5.3.1938, y C.R.Malley, “What Are West-European Minorities?”. *Peuples et Frontières*, n.20, 15.1.1939.

105. El término *protodiplomacia* está tomado de I.D. Duchacek, *The Territorial Dimension of Politics. Within, Among, and Across Nations*, Boulder/Londres: Westview, 1986, p.240. El análisis de Duchacek se refiere sobre todo al desarrollo de políticas de cooperación regional transfronteriza -de las que un ejemplo es la política regional de la CEE- que adquieren además un contenido simbólico nacionalista, y así el término *protodiplomacia* sería aplicable hoy en día, p.ej., a la proyección exterior de Euskadi o Québec.

106. Vid. carta de L. Arana a Lord Halifax, acompañando memorándum, Londres, 10.11.1938 (PRO/FO 371122699). También en 1936 habían tenido lugar algunas tentativas ante los británicos, de nula trascendencia: vid. J. Avilés Farré, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la Guerra Civil española*, Madrid: Eudema, 1994, 44-46.

empática que dejaban en él los movimientos nacionalistas triunfantes que habían conseguido la independencia de sus países tras la I Guerra Mundial (checos, polacos, irlandeses, etc.), y a su vez la consideración utilitaria de que el nuevo marco internacional creado tras 1918 sólo reconocía una posibilidad de actuación a las *nacionalidades* mediante su reconocimiento como minorías nacionales, lo que ideológicamente resultaba inadmisibile para los *jelkides*. Los juegos de palabras y la consideración puramente utilitaria del CNE intentarán enmascarar esa contradicción, también sentida por los catalanistas, pero menos aguda en éstos -fuera de sus corrientes más radicales- en cuanto no se proclamaban independentistas en última instancia, como sí lo hacía implícitamente el PNV. Podríamos preguntarnos si existía otro posible camino para el nacionalismo vasco, pero probablemente no había más opciones: o la proclamación al estilo irlandés de la independencia y la búsqueda oportunista de apoyos exteriores que respaldasen el hecho consumado,¹⁰⁷ o el pragmatismo gradualista. Y dado que se definía a Euskadi como una nación sin paralelo o posible parentesco étnico-cultural con otras, no había lugar a una dinámica de nacionalismo cultural que cumpliera un papel semejante, en el plano simbólico, al ejercido -habida cuenta de las diferencias respectivas- por las "naciones célticas" o Portugal en el caso gallego, o incluso por Occitania y Francia en el caso catalán.

107. Vid. D. Keogh, *Ireland and Europe, 1919-1949*, Dublin: Gill & MacMillan, 1988.